

EMMA GREEN

JUEGOS
prohibidos

Addictive  Publishing

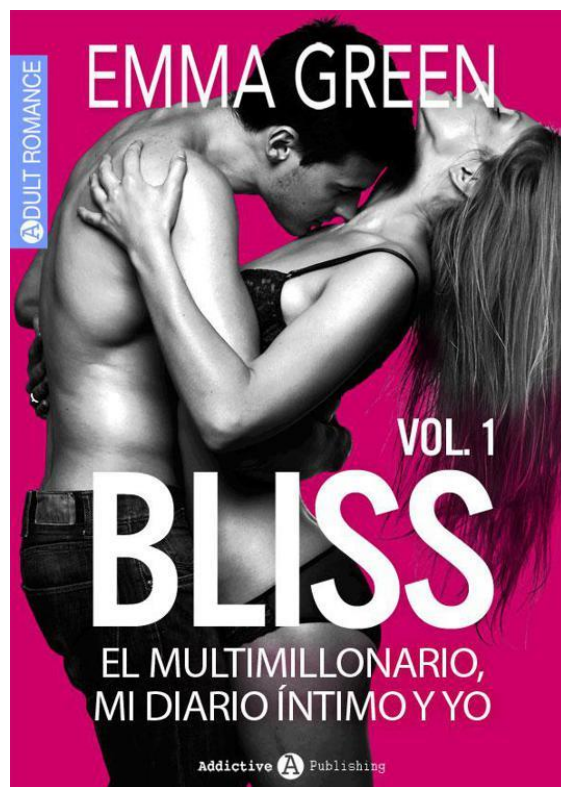
6

En la biblioteca:

Bliss - El multimillonario, mi diario íntimo y yo

Emma es una autora de éxito, ella crea, describe y le da vida a multimillonarios. Son bellos, jóvenes y encarnan todas las cualidades con las que una mujer puede soñar. Cuando un hermoso día se cruza con uno de verdad, debe enfrentar la realidad: ¡bello es condenarse pero con un ego sobredimensionado! Y arrogante con esto... Pero contrariamente a los príncipes azules de sus novelas, éste es muy real.

[Pulsa para conseguir una muestra gratis](#)

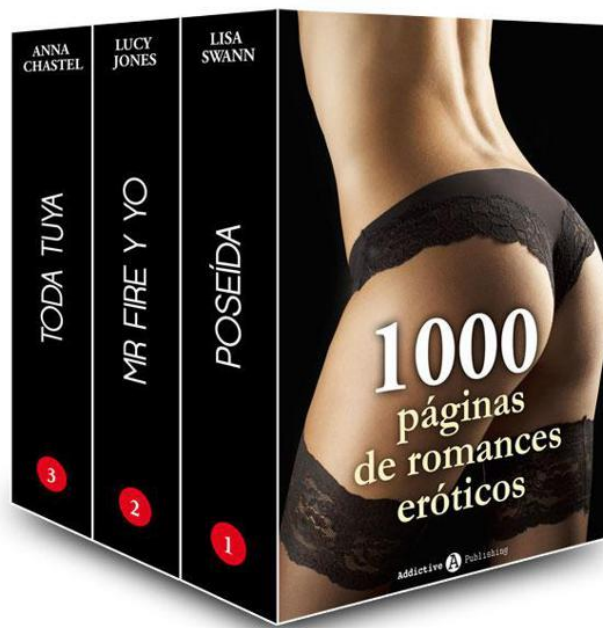


En la biblioteca:

1000 páginas de romances eróticos

Horas de romances apasionados y eróticos Encuentre en su totalidad cerca de 1000 páginas de felicidad en las mejores series de Addictive Publishing: - Mr Fire y yo de Lucy K. Jones - Poseída de Lisa Swann - Toda tuya de Anna Chastel

[Pulsa para conseguir una muestra gratis](#)



En la biblioteca:

Pretty Escort - Volumen 1

172 000 dólares. Es el precio de mi futuro. También el de mi libertad.

Intenté con los bancos, los trabajos ocasionales en los que las frituras te acompañan hasta la cama... Pero fue imposible reunir esa cantidad de dinero y tener tiempo de estudiar. Estaba al borde del abismo cuando Sonia me ofreció esa misteriosa tarjeta, con un rombo púrpura y un número de teléfono con letras doradas. Ella me dijo: « Conoce a Madame, le vas a caer bien, ella te ayudará... Y tu préstamo estudiantil, al igual que tu diminuto apartamento no serán más que un mal recuerdo. »

Sonia tenía razón, me sucedió lo mejor, pero también lo peor...

[Pulsa para conseguir una muestra gratis](#)



En la biblioteca:

El bebé, mi multimillonario y yo - Volumen 1

El día en el que se dirige a la entrevista de trabajo que podría cambiar su vida, Kate Marlowe está a punto de que el desconocido más irresistible robe su taxi. Con el bebé de su difunta hermana a cargo, sus deudas acumuladas y los retrasos en el pago de la renta, no puede permitir que le quiten este auto. ¡Ese trabajo es la oportunidad de su vida! Sin pensarlo, decide tomar como rehén al guapo extraño... aunque haya cierta química entre ellos.

Entre ellos, la atracción es inmediata, ardiente.
Aunque todavía no sepan que este encuentro cambiará sus vidas. Para siempre.

Todo es un contraste para la joven principiante, impulsiva y espontánea, frente al enigmático y tenebroso millonario dirigente de la agencia.

Todo... o casi todo. Pues Kate y Will están unidos por un secreto que pronto descubrirán... aunque no quieran.

[Pulsa para conseguir una muestra gratis](#)



En la biblioteca:

Kiss me (if you can) – Volumen 1

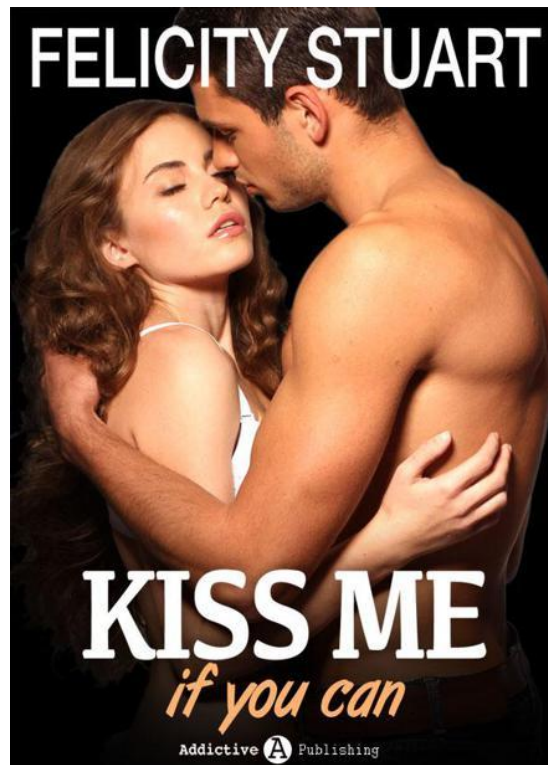
Entre la pasión y el odio sólo hay un paso...

¡Violette Saint-Honoré ha vivido intensamente y no besa a cualquiera!

Cuando el millonario Blake Lennox, gran chef estrella, contrata a la joven superdotada para que se convierta en la nueva repostera de su palacio, se da cuenta de que la comida es lo único que tienen en común. Empieza una aventura agridulce... ardiente, entre el tirano de la cocina y la bella ambiciosa. La joven francesa deberá escoger entre estar loca de coraje contra su patrón o loca de deseo por el hombre que ha llegado a su vida.

¿Mermelada de naranja amarga o un pastel de chocolate relleno de frutas de la pasión?

[Pulsa para conseguir una muestra gratis](#)



Emma Green

Juegos Prohibidos

Volumen 6

1. «DESAPARECIDO»

– Harry ha desaparecido.

No sé cuántos segundos pasaron entre la desgarradora confesión de Tristan y la reacción de su madre, Diez, o tal vez hasta veinte. Veinte largos segundos de silencio incrédulo. Luego Sienna se desvaneció, en la entrada, como en cámara lenta. Se derrumbó sin hacer ni un sonido. No se desmayó realmente, sino que simplemente estaba demasiado impresionada como para mantenerse de pie, pronunciar una sola palabra o soltar un grito. Mi padre corrió para levantar su cuerpo amorfo, desprovisto de toda energía y de toda emoción, y recostarlo sobre el sillón de la sala.

Mientras que mi madrastra recupera la conciencia, la villa se ve literalmente invadida. Por policías, socorristas, algunos hombres uniformados y otros con traje y corbata, mujeres, jóvenes, viejos, como si toda la ciudad hubiera decidido reunirse en nuestra casa, en medio de la noche. Sin saber cómo llegó hasta ahí, una cobija me rodea los hombros. La que alguien debe haber intentado ponerle a Tristan yace a sus pies. Todos sus músculos están tensos, sus puños apretados, sus mandíbulas contraídas, y unos faros giratorios reflejan una luz azul en sus ojos, que nunca me han parecido tan oscuros.

Desde lejos, escucho a mi padre respondiendo a las preguntas, intentando controlar la situación, aparentemente tan calmado como siempre. Pero puedo ver todo su desasosiego en su voz inquieta y casi ahogada. Y en su economía de palabras, como si ya no supiera qué más decir, no cómo decirlo.

– Harrison Quinn. Tiene 3 años. No, no es mi hijo. Es de Sienna Lombardi, mi... Mi esposa. Sí, su padre está muerto. Antes de que él naciera. No... nunca lo adopté. Nunca hablamos de eso.

Tristan aparece entre mi padre y el hombre que toma notas en su pequeño bloc, sin duda un detective, que sólo deja de escribir para sacar un pañuelo del bolsillo de su pantalón y secarse la frente con él.

– Escuche, no sé quién es usted y no me importa.

– El oficial Boyle.

– Lo único que tiene que hacer es encontrar a mi hermano, continúa Tristan ignorándolo. ¡Está perdiendo su tiempo!

– No, joven. Estoy siguiendo el procedimiento en caso de la desaparición de un menor.

– Ya veo a lo que quiere llegar, con sus preguntas y sus cejas que no se

conforman con las respuestas. ¡Craig no tienen nada que ver con todo esto! Él ni siquiera estaba en la casa. Y adora a Harry. Que lo haya adoptado o no, no cambia nada. No comience a convertir a todos en sospechosos. Mi hermano menor desapareció. Simplemente desapareció. Y usted debería encontrarlo. Encontrarlo vivo. ¡Nada más! ¡Ése es su maldito trabajo!

La voz grave de Tristan cede y me acerco lentamente a él para impedir que diga más groserías o se meta en problemas. El oficial se seca de nuevo la frente respirando ruidosamente. Tiene un ligero sobrepeso, concentrado únicamente encima de su cintura, a la que le cuesta mantener a su pantalón de traje beige. Pero más que el calor de este principio del mes de mayo, aunque sea la 1 de la mañana, es la tensión en la casa lo que parece darle calor. Varias gotas finas de sudor corren bajo sus lentes sin montura.

– ¿No dicen que cada segundo cuenta cuando un niño desaparece? pregunto en voz baja.

– Mis hombres ya están trabajando en eso, señorita...

– Sawyer. Liv Sawyer, soy su hija, digo señalando a mi padre con el mentón.

– La hermanastra del desaparecido, entonces, concluye el detective garabateando en su bloc.

– Si así lo quiere ver.

La expresión me hiela. No sé qué es peor, que se refiera a Harry como el «desaparecido» o que todo esto de los hermanastros vuelva a relucir en una situación así.

– ¡Fergus! grita de repente Tristan. ¡Fergus O'Reilly estuvo aquí esta noche! ¿Hablaron con él? Tal vez...

– Él fue llevado a la estación de policía, donde está siendo interrogado en este mismo momento, lo interrumpe el detective.

– ¿Qué fue lo que dijo? ¿Vio algo? Ese imbécil...

– No tengo permitido decirle nada sobre el tema. El Sr. O'Reilly está en calidad de testigo. Por ahora, necesito una descripción precisa del desaparecido: estatura, peso, color de cabello y de ojos, ropa que traía puesta. Lo más detallada posible.

Las lágrimas se acumulan en mis ojos mientras que Tristan describe a Harrison, su corte de cabello, sus ojos azules, su pequeña pijama de cuadros, unas bermudas y una camisa de botones, y su cocodrilo.

– ¡Alfred desapareció también! dice poniendo su mano sobre mi nuca, con un brillo de esperanza al fondo de sus ojos azules.

– Harry no se separa nunca de él...

– ¡Ya sé! Pero entonces eso quiere decir que se fue con él. ¡Se lo llevó, Liv! ¡Si hubiera sido secuestrado, no habría tenido tiempo de tomar su peluche! ¡Pensó en Alfred! ¡Tal vez sólo se fue a pasear, masticando su pata como siempre lo hace!

Con un intento de sonrisa sobre los labios, Tristan me abraza, como si tuviera la prueba de que nada pudo pasarle a Harry. El oficial nos mira más de lo que nos escucha. Sus pequeños ojos sorprendidos siguen los dedos de Tristan alrededor de mi cuello, observan nuestro abrazo. Él debe ser uno de los pocos habitantes de Key West que no sabe nada del escándalo. O bien ya lo olvidó. O es del tipo de hombres a los que no le interesa los rumores o las historias de amor de adolescentes.

Ruego en secreto por que sea la última opción.

Mi padre regresa de la sala con varias fotos de Harry, completas o de retrato, solo o rodeado. El detective se las pasa una a una a la mujer al lado de él, una castaña con el cabello peinado hacia atrás y la piel bronceada, y le murmura que lance una Alerta de Secuestro - aparentemente no con la discreción suficiente.

– ¡Pero lo digo que sin duda no fue secuestrado! se enoja Tristan. Su peluche...

– Usted no decide eso, joven. Quiere que haga mi « maldito trabajo », ¿no es así? Eso es lo que haré. Necesito saber quién fue la última persona que vio al pequeño. Y todo lo que sucedió la noche anterior a su desaparición. ¿Su comportamiento ha cambiado últimamente? ¿Hay problemas en la familia? ¿Cómo es que...

– ¡Problemas es lo único que hay! grita Sienna desde el fondo de la habitación.

Ella se levanta quitándose de encima la espesa cobija que alguien también le puso mientras se recuperaba del shock. Luego llega hasta nosotros, en la entrada. Me doy cuenta de que la fase « Estoy demasiado conmovida como para poder gritar » se ha terminado. Mi madrastra necesita pasarle sus nervios a alguien, y no puedo más que comprenderla.

Sólo me hubiera gustado que no fuera a mí...

¿Pero a quién más podría ser?

– Mi hijo mayor debía cuidar a su hermano mientras que yo estaba ocupada en el hotel. En lugar de eso, pasó la noche con esta... esta... ¡chica! ¡Que había decidido irse! ¡Y que regresó cuando nadie estaba! Para hacer sus cosas sucias en secreto, como siempre!

– Sienna..., dice mi padre.

– Mamá..., suelta Tristan casi al mismo tiempo.

– ¡No, quiero hablar! ¡Y ustedes me dejarán hablar! grita.

– La escucho.

El oficial Boyle saca nuevamente su bloc y su pluma, al parecer contento de obtener información sin tener que sacarla.

– ¡¿Nunca nos vas a dejar tranquilos?! grita mi madrastra hacia mí. ¡Ibas a mantenerte lejos de aquí! ¡Eres tú quien le trae desgracia a la familia! ¿Qué

necesidad tenías de venir a buscarlo a media noche? ¿De meterle todas esas ideas en la cabeza! ¡Mi bebé desapareció por tu culpa! ¡Y Dios sabe qué estaban haciendo y por eso no escucharon nada! Desapareció cuando ustedes estaban allí y ni siquiera fueron capaces de...

– ¿Y tú dónde estabas? gruñe Tristan al lado de mí. ¿Dónde estabas mientras que tu hijo dormía solo en su habitación? ¿Qué estabas haciendo cuando desapareció? ¿Viste algo? ¿Escuchaste algo? ¡No, porque ni siquiera estabas aquí! ¡Tú eres su madre! ¡No Liv! ¡Ni yo!

Los gritos coléricos de Sienna resuenan en toda la villa, pero nada inteligible parece salir de su boca. Ella se rasguña la cara y es la primera vez que su dolor y sus gritos me parecen sinceros. Mi padre la toma por los hombros y la lleva aparte. Sólo él es capaz de lidiar con ella cuando está en ese estado. Él me lanza un vistazo por encima del hombro, para asegurarse de que estoy bien y le respondo asintiendo con la cabeza y espero a que desaparezca para soltarme a llorar.

Tristan me toma entre sus brazos pero, por primera vez, el calor de su cuerpo no me basta. Éste no se expande hasta mí, no me rodea, no me tranquiliza. Mis lágrimas caen sobre su playera. Su hombro no parece lo suficientemente amplio como para cargar con todo mi peso y el de mi culpa.

Algo se ha roto.

– Le contaré todo, termina por suspirar hacia el detective.

La joven mujer de hace rato me lleva a la cocina para hacerme un café. Y, sin que realmente me dé cuenta, interrogarme. A algunos metros de mí, de pie en el comedor, Tristan relata la velada, la noche, la desaparición de Harry, mientras que el oficial Boyle llena de tinta las páginas de su bloc, con el rostro lleno de sudor. Yo también cuento mi versión. Sin duda la misma. Sin olvidar ni omitir nada. Sin dejar de pensar ni un segundo en Harrison, a quien no protegí por estar demasiado ocupada pensando en mí. En Tristan, a quien le impedí cumplir con su papel de hermano mayor al quererlo sólo para mí. En Sienna, a quien le arranqué a su hijo, el más pequeño, el más frágil, y quien tiene todas las razones del mundo para odiarme a muerte. En mi padre, quien también está viviendo un infierno por mi culpa.

Yo, yo, yo... ¿Cómo pude ser tan egoísta? ¿Ponerme a mí antes que a los demás? Estar cegada por mi deseo de volver a ver a Tristan, de poseer a Tristan, de amar a Tristan sin que nadie se interpusiera entre nosotros?

Una noche en vela más tarde, Harry sigue sin aparecer. Las búsquedas de la policía, en un perímetro de cinco kilómetros alrededor de la casa, no dieron ningún resultado. Y esta mañana se duplicaron los elementos para retomar la búsqueda.

Ya es de día y la simple idea de que el pequeño haya pasado una noche afuera solo, o peor, entre las manos de un enfermo, me es insoportable. Un médico se encargó de Sienna y le administró calmantes. Por fin está dormida. Mi padre tiene ojeras y una ligera barba rubia en las mejillas, y huele mucho a tabaco. Tristan, por su parte, lleva una máscara de dolor y de fatiga en el rostro, jamás lo había visto tan diferente, tan cerrado, tan alejado. Y aun tan bello, a pesar de la dureza de sus rasgos.

Son más de las 9 cuando el oficial Boyle y su colega, la detective Cruz, reaparecen en la casa. El cabello de ella sigue impecablemente peinado hacia atrás en un minúsculo chongo muy apretado. Él sigue llevando puesto su traje beige pero se quitó el saco, y su camisa blanca está empapada en sudor, en la espalda y bajo los brazos.

– Por ahora, no privilegiamos ninguna pista pero tampoco descartamos ninguna. Secuestro, fuga, accidente, ahogamiento, enumera fríamente con sus dedos, como si se tratara de una lista de compras.

– Y la investigación del vecindario no dio ningún resultado, agrega la joven mujer, más simpatizante. Nadie vio ni escuchó nada anoche. Pero el aviso de la investigación tal vez debería ayudar a que alguien hable...

– ¡Fergus! exclama Tristan interrumpiéndolos. ¡Él estaba aquí, frente a nuestra casa, debe saber algo! ¿Qué obtuvieron del interrogatorio?

– El Sr. O'Reilly fue interrogado y salió libre anoche.

– Pero entonces, ¿qué diablos estaba haciendo aquí? ¡A media noche! ¡Justo cuando mi hermano desapareció!

– Estaba visitando a la señorita Sawyer, que es una de sus amigas. Eso no tiene nada de inusual.

– Pero ese bastardo corrió cuando...

– El Sr. O'Reilly declaró que tuvo miedo de usted cuando le gritó y lo persiguió. No sabía por qué estaba enojado. E indicó que no es raro verlo en ese estado...

– ¡Oh! ¡Ya veo! ¿Ahora yo soy el sospechoso? grita con una risa falsa.

– Tristan, intenta hacerlo entrar en razón mi padre.

Deslizo suavemente mi mano alrededor de su bíceps contraído, intentando calmarlo también. Pero él separa su brazo y se aleja.

– ¡¿Por qué nadie está haciendo nada?! grita antes de azotar la puerta de la villa.

– Sr. Sawyer, tendré que pedirle que mantenga a su hijastro en la casa. No puede perturbar las investigaciones como lo hizo esta noche. Mis hombres necesitan concentrarse.

– Y Tristan necesita respuestas, dice mi padre con una voz pausada, pero firme. No voy a encerrarlo como si fuera un animal. Es mayor de edad y perdió a

su hermano. A menos que usted lo arreste, es libre de buscarlo.

Boyle se calla y se conforma con mostrar su disgusto con algunas respiraciones ruidosas. Le entrego a Cruz un paquete de letreros que mi padre y yo imprimimos anoche. « DESAPARECIDO » está escrito en negritas y en rojo, arriba, encima de la foto de Harry y de toda la información necesaria. Aunque esté al otro lado de la hoja, su sonrisa me llega al corazón. También le doy a la detective el pequeño cepillo de dientes que me pidió para una muestra de ADN. Y siento que cada segundo que pasa, cada acción nos hunde un poco más en el infierno. Nos aleja un poco más de Harrison.

Y me aleja todavía más de Tristan...

Durante los días que siguen, toda la ciudad se pone a buscar al pequeño. Los habitantes organizan batidas en los pantanos o en las playas, progresando en línea, metro a metro. Algunos socorristas y buzos profesionales son enviados al mar. Un helicóptero sobrevuela el océano, varias veces. La casa de Betty-Sue es hurgada a fondo, al igual que las residencias de todos los que conocen a Harry. Los cinco miembros de Key Why. Bonnie, que hace todo lo posible para ayudar. Fergus, que se niega a contestar mis llamadas, a abrirme la puerta o a responder una sola de mis preguntas desde que lo arrestaron y llevaron a la comisaría, como si eso hubiera sido mi culpa. Las niñeras y el logopeda de Harry. Todos los que se ocupan de él en su escuela privada. Las mucamas de Sienna y todos los empleados del hotel. Romeo Rivera y todos los demás colegas de mi padre. La agencia inmobiliaria y los Lombardi también son investigados. Pero nada.

¿Cómo es eso posible?

¿Cómo puede uno estar ahí un día, y desaparecer al siguiente, sin dejar ninguna huella?

Los días pasan y todos perdemos la noción del tiempo, del día y de la noche. Sienna organiza una conferencia de prensa y al fin se expresa. Frente a la cámara, vestida, peinada y maquillada para intentar esconder su expresión devastada, le suplica a los que sepan algo que hablen. Pide que le regresen a su bebé. Dice que ya no tiene más lágrimas para llorar pero que tiene mucho, mucho dinero, y que está dispuesta a pagar. Detrás de ella, mi padre permanece en silencio, con los brazos cruzados. Y Tristan se negó a aparecer con ellos. La voz quebrada de su madre se transmite por todas las cadenas de televisión locales, por todas las estaciones de radio. Una foto de ella sosteniendo una foto enmarcada de Harry a la altura de su corazón es publicada en el periódico. Extrañamente, ya nadie habla de Tristan y yo, del beso en la gala, de los grafitis y de las riñas por el incesto. Una historia sórdida borró a la otra. Y odio a todo el mundo, a todas esas personas, por alimentarse de esas tragedias como si fueran una nueva distracción en sus pobres vidas.

Desde la desaparición, veo a Tristan muy poco. Pareciera como si la vida de

todos se hubiera detenido. Pero él es quien busca a su hermano menor con más ahínco, sin detenerse jamás. No sé cuándo fue la última vez que durmió. Ni siquiera sé si ha comido. Creo que simplemente es incapaz de pensar en cualquier cosa que no sea Harrison. Sienna permanece acostada en su cama la mayor parte del tiempo, aturdida por los medicamentos. Mi padre intenta administrar como puede el hotel que cerró, la agencia que continúa viviendo sin él, las facturas por pagar, el mantenimiento de la casa, los curiosos que se presentan frente al portón de la villa, los que llaman para dar información falsa esperando recibir un poco de dinero, y a la policía que no nos dice lo suficiente. Aunque esté extenuado, sigue preocupándose por mí. Por Tristan. Por su mujer - o lo que queda de ella.

Y creo que nunca he amado ni admirado tanto a mi padre.

Después de diez días sin noticias de Harrison, una marcha blanca es organizada por las calles, sin que sepa quién tuvo la iniciativa. Desde el centro de la ciudad hasta nuestra casa. Me dejo guiar por Betty-Sue y Bonnie, me pongo encima de mi blusa la playera blanca que me dan, con la imagen de Harry. Tristan lleva puesto lo mismo. Lo encuentro a la cabeza el cortejo. Su mirada triste se cruza con la mía, en ella leo por primera vez desde hace mucho tiempo algunas emociones, algunos sentimientos. Me reencuentro con mi Tristan Quinn, tan duro, tan fuerte por fuera, incapaz de pedir ayuda, apretando los puños para no ceder, contrayendo la mandíbula para no llorar. Pero tan frágil por dentro, tan perdido, tan impotente. Él desliza las manos al interior de sus shorts, mirando directamente hacia el frente. Yo meto la mía para hacer llegar mis dedos hasta su palma. Él saca la mano. Aprieta la mía. Entrelaza nuestros dedos. Y casi hasta sonrío.

Y en sus ojos brillantes, puedo leer una pena inmensa, pero también un inmenso amor.

Si alguien nos está mirando de soslayo en este instante, ni siquiera lo noto. Si algunos murmullos se escuchan entre la multitud, no los escucho. O bien mi abuela se ocupa personalmente de su caso. Pero creo que nadie lo hace. Nadie tiene cabeza para eso. Caminamos lentamente, con los miles de caras de Harry desplazándose detrás de nosotros, su pequeña sonrisa fija sobre torsos musculosos, estirada sobre vientres prominentes, con una mueca extraña, sus ojos azules miran el horizonte donde no lo encontramos, su ausencia sobre tantos cuerpos aquí presentes. No sé si esto ayuda a Tristan, pero de repente me siento menos sola. Menos helada, a pesar del calor del mes de mayo. Menos culpable, a pesar de todo lo que hice.

La marcha termina frente a nuestra casa, por oleadas infinitas. Antes de irse, algunos dejan peluches frente al portón. Otros platos de comida, con una nota para Sienna. Otros más, dibujos de niños o mensajes para Harry: « Regresa rápido », « Te estamos esperando », « Siempre hay esperanza », como si esos deseos y esos regalos pudieran ayudarlo a regresar. Mi padre les agradece, con los ojos húmedos.

A veces da noticias de mi madrastra, « demasiado débil para participar, pero feliz por esta muestra de solidaridad ».

– ¡¿Cómo te atreves a aparecer por aquí?! grita de pronto Tristan detrás de mí.

Lo veo atravesar la multitud y atrapar a Fergus del cuello, quien ni siquiera se resiste.

– ¡Te vimos merodeando en nuestra casa esa noche! ¡Te vimos irte corriendo! ¡Intenté detenerte, maldito, y ni siquiera te detuviste! ¡No sé qué le contaste a la policía, pero a mí me vas a decir la verdad!

Tristan, furioso, arrastra a Fergus hasta el portón y lo aplaca violentamente contra la puerta. Llego corriendo a ellos, a la vez preocupada por que una pelea explote, enojada con mi mejor amigo por su mutismo y sintiendo impulsos violentos asaltándome también.

– ¿Qué le hiciste, maldita sea? ¿Qué le hiciste a mi hermano? grita Tristan a algunos centímetros del rostro del pelirrojo.

– ¡Nada, se los juro!

– ¡¿Cuándo terminarás por dar una explicación?!, le suplico que hable.

– Suéltalo, Tristan, se interpone mi padre.

Algunos policías, encargados de cuidar la marcha, llegan para separar a los dos chicos y dispersar la multitud. Poco después llega también el oficial Boyle, quien nos seguía en auto, y nos hace entrar a la villa.

– Quería hablar con Liv... dice Fergus entre sollozos una vez que entramos.

– ¡Todos estamos aquí para escucharte, joven! A menos que prefieras que hagamos esto en la sala de interrogación...

Los ojos de Tristan, de mi padre, del oficial y los míos se clavan en él. No puede retroceder. Y aunque quisiera, no creo que tenga la fuerza.

– Lo lamento, yo...

– ¡Ya dilo! se impacienta Tristan, a quien mi padre le impide acercarse más.

– No le hice nada a Harrison, ni siquiera lo vi esa noche.

– ¡¿Entonces qué diablos hacías aquí?! insisto. ¿Por qué te niegas a responder, Fergie?

Fergie. Ese apodo afectivo se escapó de mi boca, en un grito ronco, casi en contra mía. Desamparado, aquél que pensaba que era mi mejor amigo termina por hablar. Sonrojándose hasta la raíz del cabello y temblando con todo el cuerpo.

– Sólo quería espiarlos a Tristan y a ti, confiesa agachando la cabeza. Para asustarlos... Las llamadas, la carta anónima, el grafiti... Fui yo.

– ¡¿Qué?!

– ¡¿Eh?!

– ¡Mierda!

– ¡¿Pero por qué?!

Siento como si la Tierra dejara de girar bajo mis pies. Y luego volviera a arrancar a toda velocidad. Inhalo profundamente para no ceder ante el vértigo, para mantenerme de pie, mientras que poco a poco, las piezas del rompecabezas encajan.

– La agencia inmobiliaria de mi padre quebró por culpa del tuyo... No creí que esto llegaría tan lejos, Liv. Sólo creí que si tu familia tenía problemas, la agencia de tu padre sufriría las consecuencias. Y que mi padre podría salir un poco adelante. Es su mayor competencia. Lo tomó todo. Y nosotros no teníamos nada más. ¡Sólo quería ayudar a mi familia!

– ¡¿Destrozando a la mía?! ruge mi padre, fuera de sí.

– Le pido perdón, Sr. Sawyer. No sé por qué hice eso. Por qué no me detuve antes. Me involucré demasiado y... Le juro que yo soy culpable de la desaparición de Harry. Eso es lo que venía a decirles. Y ya sé que debí haberlo hecho hace diez días. Pero tenía tanto miedo...

– ¡Eres una basura, O'Reilly! silba Tristan entre sus dientes apretados. Tienes suerte de que este policía esté aquí...

– Fergus... ¡¿Cómo pudiste hacerme esto?!

– Lo lamento tanto, yo...

– ¿Por qué te fuiste corriendo cuando Tristan te vio?

– Ni siquiera sabía que Harry había desaparecido. Pensé que había descubierto que los estaba espiando, que iba a golpearme por eso.

– Créeme, si pudiera lo haría...

– Sr. O'Reilly, mintió en una declaración oficial, interviene el oficial Boyle enfadado. Debió contarnos eso desde su primer interrogatorio.

– Creí que nadie me creería, que eso me convertiría en un sospechoso...

– ¿Tiene más información que darnos sobre la noche de la desaparición? insiste el policía con su bloc en la mano.

– No, ya les dije todo. No vi nada. Estaba oscuro. Les juro que les diría si hubiera visto al pequeño. O a alguien más.

« *Alguien más...* » *¿Pero quién?*

2. 17 días

Diecisiete días. La tierna voz de Harry se calló hace más de dos semanas, la investigación no ha avanzado en nada y, sin él, sin el pequeño rostro bajo el corte infantil, la villa ya no tiene alma. Aparte de los inspectores que nos visitan - cada vez con menos frecuencia - y los gratines y otros platos de lasaña que dejan en nuestra puerta, nada parece moverse entre estas paredes.

Sienna toma medicamentos como si fueran dulces. Craig no deja de fumar. Tristan aprieta la mordida. Yo cierro los ojos con fuerza para intentar hacer desaparecer la realidad. Pero cuando los vuelvo a abrir, la pesadilla sigue igual de viva.

Toda la isla parece funcionar en cámara lenta. Los letreros siguen firmemente pegados en todas las vitrinas, pero nadie se atreve realmente a mirarlos. Los habitantes murmuran el nombre de Harry en todas las conversaciones, pero en voz cada vez más baja. Por las tardes, las calles se vacían más rápido de lo normal, ya que todos regresan a sus casas para cuidar a sus querubines.

Ignoro si la gente sigue teniendo fe, pero nosotros sí. Sienna, Craig, Tristan y yo sí. A pesar de todos los rencores, al menos tenemos eso para mantenernos unidos. El amor que le tenemos al pequeño. La esperanza que sigue aquí, en nosotros, más fuerte que la duda, que el miedo. ¿Es una locura pensar que después de diecisiete días encontraremos vivo a nuestro pequeño desaparecido, con perfecta salud y su sonrisa tímida y conmovedora sobre los labios? Seguramente. Pero no perdemos la esperanza. Porque es insoportable imaginar lo contrario. Pensar que su vida ha terminado, con tan sólo 3 años. Eso sería demasiado injusto.

Inacceptable.

– Liv, ¿no vas a arrancar?

La voz de Bonnie me saca de mis meditaciones y enciendo por fin el motor.

– Fergus me llamó esta mañana, me dice con una actitud falsamente indiferente.

– No quiero hablar de eso.

– Estaba llorando.

– Puede morir, no me importa en lo absoluto.

– Eso no es lo que piensas, murmura tristemente.

– Bonnie, ¿en verdad crees que voy a ir a consolar a ese traidor mientras que Harry está...?

Las palabras no salen. ¿Harry está qué? ¿Desaparecido? ¿Aterrado? ¿Entre las manos de un enfermo? Un escalofrío me recorre todo el cuerpo. Un imbécil escoge este momento para cerrarse en mi camino y le toco el claxon como loca. Y me paso un alto sin querer, lo cual hace saltar a mi vecina de al lado cuya peluca ya no está bien acomodada.

– Liv, estacionate en el acotamiento. ¡Estoy a punto de arrancarme todo el cabello!

– ¡No es tuyo!

– ¡Cálmate o nos vas a matar!

Ella se vuelve a peinar indignada, yo me trago mi rabia e intento relajarme encendiendo la radio. La voz de Ed Sheeran invade la cabina y le cambio esperando encontrar algo más alegre. Fracaso. Una balada deprimente de Alanis Morissette. *Back to Black* de Amy Winehouse. *The Blower's Daughter* de Damian Rice.

La canción más triste del mundo...

– ¿El universo está tratando de mandarme un mensaje o qué? gruño cambiando nuevamente de estación.

– ¡Pon las noticias, eso te cambiará de ideas!

Bonnie tenía buenas intenciones al poner la radio local. Sólo que la entrevista actual es sobre Harry. Reconozco inmediatamente la voz asmática del oficial Boyle. Y los términos que utiliza – « Las esperanzas disminuyen » – me dan ganas de soltarme a llorar. Mi mejor amiga y copiloto reacciona y hace desaparecer la voz cantando. Una canción de *Glee* : *Don't Stop Believin'*...

« *No dejes de creer...* »

La situación es a la vez ridícula y cruel, pero me hace reír. Finalmente me estaciono frente al supermercado, saco la llave del contacto y dejo caer la cabeza contra el respaldo. De pronto, es como si todas mis fuerzas se escaparan.

– ¿Y si mejor nos conformamos con las lasañas?

– Ven a hacer las compras, floja. ¡Logré hacerte salir de esa casa, no me rendiré tan rápido!

Con esto, la tirana con uñas multicolores rodea el auto, me saca de mi lugar, me da un beso en la mejilla y me toma de la mano para arrastrarme hasta la tienda. Sólo eso. Y me doy cuenta de que es apenas la tercera vez que dejo la casa desde hace diecisiete días. Pero sobre todo la primera que salgo sin un miembro del clan Lombardi-Quinn-Sawyer. Por más que Bonnie sea indispensable en mi vida, sigue sin formar parte de la familia.

Y me siento atrozmente vulnerable sin « los míos »...

En la sección de frutas y verduras, la mayoría de las miradas se concentran en mí, antes de desviarse rápidamente. Ser el centro de atención cuando una no desea más que pasar desapercibida es extraño, por no decir oprimiente. Esa sensación ya la había vivido, pero por otras razones. Y ahora siento que la gente me tiene compasión... y que me juzga. A juzgar por su mirada, esa mujer con sombrero ridículo y nariz demasiado grande para su pequeño rostro piensa que todo es mi culpa. El hombre que la acompaña y lleva su canasta parece compadecerme sinceramente. Y lamentar tener una perra por esposa.

Bonnie me lleva enseguida a la sección de comida preparada. Ahí, las miradas se convierten en murmullos incómodos, a veces acusadores. Los ignoro como puedo, concentrándome en el torbellino que me acompaña. Ella lanza a mi carrito varios *grilled cheese* de todos los sabores, pizzas de todos los colores, ensaladas sin ninguna crudeza. « Comfort food », como ella lo llama. Como si un solo bocado de esas tonterías fuera a subirme el ánimo.

Harry... ¿Dónde estás?

En los congelados, las lenguas simplemente se sueltan. Como si comprar una cubeta de helado de *cookie dough* cuando mi hermano está desaparecido fuera un crimen. Una mujer con vestido negro, la boca apretada y el andar rígido deja su carrito para caminar hacia mí. Su rostro me parece conocido. No tengo tiempo para cambiar de pasillo antes que me diga fríamente:

- Como amiga de Sienna, creo que puedo permitirme decirte lo que pienso...
- Por favor, no se moleste, la provocho.

O continúo con este desafío o me derrumbo. Desestabilizada por mi insolencia, ella me mira de los pies a la cabeza, antes de decirme:

- ¿No tienes vergüenza?
- ¿De existir? No.
- ¡Le destruiste la vida! ¡Sienna nunca volverá a ser la misma!
- ¡Señora, cálmese! se interpone de repente Bonnie.
- ¿Señora? repite la castaña, indignada.
- Créame que yo le iba a decir algo peor, gruño. ¿Puedo seguir con mis compras?
- Espero que te vayas al infierno...
- ¿Sola o acompañada? Digo, para saber con quién voy a ir...
- Ven, Liv, vámonos de aquí.

Una multitud se ha reunido a nuestro alrededor, sin que me dé cuenta de ello. Bonnie se aleja con nuestras compras, pero yo me quedo inmóvil. De repente, la violencia de la situación me es evidente. Entonces, mirando a todas las personas que me rodean, una tras otra, suelto con una voz fuerte pero temblorosa:

- Yo también perdí a Harry, ¿saben?

La mayoría de las miradas rozan el suelo ahora. Algunos me dirigen

sonrisas apenadas, otros fruncen un poco el ceño, convencidos de que soy una manipuladora, que sólo intento ganarme la compasión de los más ingenuos. Pero no me importa lo que piensen de mí. Sólo quiero que no se olviden de Harry. Que no lo entierren tan pronto.

– Pueden pensar lo que quieran, decir lo que les venga en gana, yo soy la primera que se reprocha. Pero lo único que importa es Harry. Que regrese. Que lo encontremos. Y para eso, hay que concentrarse en él, antes que buscar culpables. ¡O bien encontrar al verdadero! Diecisiete días... ¡Sigue habiendo esperanza!

Silencio... de muerte. Nadie parece creerlo. Ni siquiera la perra vestida de luto sabe qué agregar. Entonces le doy la espalda a toda esa gente y dejo el supermercado sin Bonnie, sin mis compras, y voy a encerrarme a mi SUV. Para llorar.

La agencia lleva tres semanas funcionando sin mi padre. Craig se dispone finalmente a regresar a la oficina esta mañana, para continuar con los negocios. A algunos minutos de dejar la villa, me sirve mi café y, con un brillo de tristeza en la mirada, me anuncia:

– Regresarás a tu puesto esta misma tarde, Oliva verde. Te necesitamos allá.
– ¿Y aquí? ¡También me necesitan! Nunca se sabe lo que...
– No, Liv. Si la investigación avanza y puedes serle útil a Harry de alguna forma, tendrás toda la libertad que quieras. Pero mientras tanto, tienes que regresar. Hoy. No es negociable.
– ¿En una semana? le digo suplicando.
– No. A las 2 de la tarde. En punto.
– Papá...
– ¡Yo también me siento culpable por retomar mi vida de antes, Liv! se impacienta de pronto.

Me sobresalto al escucharlo así, él se da cuenta de esto y baja ligeramente el tono:

– Yo también quisiera poder ayudar en algo para encontrarlo. Pero todos moriremos a fuego lento en esta casa si lo único que hacemos es esperar. Entonces haz lo que te digo. Vístete adecuadamente, regresa a la agencia y oblígale a ti misma a vivir de nuevo.

Sus ojos brillan y me doy cuenta de que ni siquiera él puede contener las lágrimas. De tanto consolar a todo el mundo, no tiene ni un segundo para pensar en él. Para digerir todo lo que le está pasando al mismo tiempo. Harry. Su matrimonio fracasado. Los terribles errores cometidos por su hija.

– A las 2 en punto, murmuro. Estaré ahí.

Es la sombra de mi padre lo que deja la cocina, luego al villa, con un traje demasiado gris y aburrido para él. Y me prometo a mí misma que nunca más lo volveré a decepcionar.

Tristan estuvo desaparecido toda la mañana, lo cual no es nada nuevo. Aunque duermo con él casi todas las noches, en su cama o en la mía, aunque me acurruco contra su piel sin que nada pase, desaparece cada mañana. Sale en busca de su hermano, frenéticamente, furiosamente, y nada más existe ya.

Mi padre tenía razón. El trabajo me regresa un poco de paz mental. Cuando contesto el teléfono, mi voz es más firme, más cálida. Cuando escribo un nuevo anuncio, releo un contrato de renta o respondo el email de un cliente, mis demonios se tranquilizan por algunos minutos. A estas alturas, ya no estoy aquí por obligación. Estoy aquí para respirar de nuevo.

Al final del día, tengo una gran recaída en la gran sala de reuniones de la planta baja. Todos nuestros colegas nos reúnen a mi padre y a mí, de manera solemne. Su intención es buena. Muy buena. El resultado es catastrófico. Janice toma la palabra y me derrumbo. Su pequeño discurso y el enorme ramo de flores están dirigidos a Harry. No aguanto hasta el final. Salgo corriendo, con el cuerpo saltado por los sollozos. Una mano me detiene cuando estoy a punto de salir de la agencia. Romeo.

– Liv, lo lamento mucho. Fue mi idea... Quería que supieran que estamos con ustedes.

Su voz dulce y preocupada no logra más que aumentar mi pena. Lloro, hago ruidos extraños, muecas, intento contener mis sollozos. Y aterrizo entre sus brazos, para mojar con mis lágrimas su bella camisa blanca. Huele a loción de afeitarse. Muy fuerte. Demasiado fuerte. Casi hasta me da náuseas, pero no me muevo.

– No sé qué va a pasar, pero todo estará bien... me susurra mi nuevo ángel guardián. Eres fuerte, Liv. Mucho más fuerte de lo que crees.

Nos quedamos en esta posición por varios segundos, hasta que mi respiración regresa a la normalidad. Un poco incómoda, retrocedo e intento sonreírle a mi colega, quien me da mi bolsa que recogió de mi oficina.

– Puedes irte. Le diré a tu padre que regresaste.

– Gracias, Romeo.

– Para eso están los amigos, agrega alzando los hombros antes de alejarse.

Un sol intenso me recibe al salir de la agencia y calienta instantáneamente mis piernas desnudas. Las lágrimas dejaron su rastro sobre mi rostro. Para intentar calmarme, me amarro rápidamente el cabello, frente a la vitrina, y noto que alguien me observa. Alguien que me es más que familiar.

¡Tristan!

Me volteo, con el corazón a mil por hora, feliz de verlo a una hora en la que generalmente está lejos de mí. Pero su mirada es fría. Desconfiada.

– ¿Qué...?

– ¿En verdad crees que necesito ver eso, Liv?

– ¿Qué?

– ¿A ti, en los brazos de ese idiota? silba con una voz glacial antes de regresar a su bicicleta. ¡Detrás de una maldita vitrina! No es lo más discreto...

Corro y me planto frente a su llanta delantera, para impedir que vaya a alguna parte. No sin mí.

– ¡Tristan, no hagas esto!

– ¿En verdad crees que será peor que lo que tú acabas de hacer?

– ¡Fue algo totalmente inocente! ¡Me estaba consolando!

– ¿Porque ahora ése es su papel? ríe amargamente.

– Tristan, basta. Por favor... Es a *ti* a quien amo.

Mi voz se ha quebrado y su mirada se suaviza. De pronto, sus brazos rodean mi cintura y me atraen hacia él. Fuerte. Muy fuerte. Huele maravillosamente bien. Necesitaba cruelmente este abrazo, y él también. Nuestras respiraciones se sincronizan, nuestros calores se mezclan , rápidamente, son nuestros labios los que se pegan. Sólo por un instante.

– Ven, Sawyer, hay demasiados curiosos por aquí.

Con su pequeña sonrisa retorcida sobre los labios, él me muestra el manubrio y me hace una señal para que me suba.

– ¿Crees que soy una kamikaze? Soy una hija de papá...

– Confía en mí. Sube.

Tristan estabiliza la bicicleta para que me pueda subir. Haciendo callar mi voz interior que me ordena no hacerlo, me instalo como puedo, con su ayuda.

– ¡Es difícil! Se me mete al...

Demasiado tarde. La bicicleta ya está en camino hacia un destino desconocido y me aferro como puedo gritando con cada obstáculo que encontramos. Baches. Una ligera vuelta. Un pedazo de banqueta que bajamos. Tristan se ríe, a mis espaldas, pero aun así hace lo necesario para que no corramos ningún riesgo.

Algunos minutos más tarde, mi calvario termina cerca de un pequeño garage. Finalmente bajo del instrumento de tortura y me masajeo el trasero mientras que Tristan me pide esperarlo allí. Luego regresa rápidamente, esta vez sobre un scooter. Sonríe al ver mi cara despavorida y luego me lanza un casco rojo.

– Un amigo me debía un favor... me explica poniéndose el suyo, negro. ¿Me acompañas, Sawyer, o prefieres regresar al manubrio?

Estallo de risa - por primera vez desde hace una eternidad - subo detrás de

él, me pego amorosamente a su espalda y arrancamos hacia el gran camino que nos aleja de Key West. No tenía esta sensación de libertad desde... la desaparición de Harry. E intento ahuyentar la tristeza que quiere regresar.

Contra su piel, casi lo logro...

Subimos hasta Islamorada, otra isla de las Keys. Quisiera que esta aventura no acabara nunca, pero Tristan detiene finalmente el motor frente a un restaurante cubano.

– ¿Tienes hambre? me pregunta el titán quitándose el casco.

Sus brazos desnudos y musculosos me parecen más bronceados. No es de sorprender, en vista del tiempo que dedica a buscar a su hermano, por toda la isla.

– No, respondo finalmente.

– Yo tampoco.

– ¿Entonces?

– Entonces, tenemos que comer.

Él se baja del scooter, desabrocha mi casco y me lo quita. Luego me inspecciona de los pies a la cabeza, pareciendo preocupado y goloso a la vez.

– Te estás derritiendo, Liv. ¡Ven, te haré recuperar las fuerzas!

Sonrío y tomo la mano que me ofrece. Entramos en el restaurante, donde nadie nos conoce, y escogemos una mesa en la terraza, con vista hacia el océano. En vez de sentarme frente a él, lo hago a su lado y no suelto su mano ni por un segundo más.

– Podría estar en cualquier parte... murmura Tristan mirando la superficie del agua.

No espera una respuesta de mi parte. Entonces me conformo con poner mi cabeza sobre su hombro y mirar hacia la misma dirección, apretando más fuerte su mano dentro de la mía. Mis camarones con miel llegan, seguidos por su bistec de tiburón. Comemos sin apetito, arrullados por las notas de música latina que se escapan del salón del restaurante. Mi teléfono vibra, es un mensaje de mi padre preguntándome por qué no estamos ni Tristan ni yo en la casa. Le respondo rápidamente diciéndole dónde nos encontramos, para evitar que se preocupe, luego Tristan toma mi teléfono y me lo confisca.

Milagro: su sonrisa de niño travieso está de regreso.

Sólo una maldita sonrisa... ¡y todo se ilumina!

– Esta tarde, estamos frente a frente, Sawyer.

– Toda la vida, si quieres, sonrío tiernamente.

Él me observa intensamente de repente. Como si mi última frase lo hubiera conmovido, aunque fuera ligera. Le llegó directamente al corazón.

– Te amo a morir, Liv, sabes...

Su voz ronca, quebrada, me conmueve. Y sus ojos. Están clavados en los míos con una emoción tan cruda, tan sincera. Me cuesta todo el trabajo del mundo

responderle sin llorar, pero lo logro. Murmurándole:

– Y yo te amo como loca. Creo que tú y yo estamos condenados. A amarnos.
A pesar de todo...

Nuestras copas chocan y se voltean sobre la mesa cuando se inclina hacia el frente bruscamente para besarme. Apasionadamente. Río y lloro a la vez contra sus labios. De sorpresa, de placer, calmada por su pasión, su audacia. Su respiración cálida y dulce se mezcla con la mía y gimo, mientras que su lengua se pone a acariciar mis labios. Ya no había sentido esa intensidad en él.

No desde...

¡Basta!

¡Deja de pensar! ¡Disfruta!

3. 32 días

Treinta y dos días.

– ¿A dónde vas?

– A buscarlo.

– Tristan...

– Sí, Liv, otra vez. Voy a buscar a mi hermano. Y no voy a hacer otra cosa más que eso, si ésa es tu pregunta. Puede ser que esté loco, puede que él esté muerto... Pero tal vez no. Y si Harry está vivo, eso quiere decir que está esperando en algún lugar que vayamos a buscarlo. Entonces seguiré. Y no dejaré de buscar hasta que lo hayamos encontrado.

– De acuerdo, respondo dulcemente. Sólo quería preguntarte si podía ir contigo.

– Ah. Lo siento. Sí, OK.

Tristan se frota la nuca, incómodo por haberse molestado conmigo, pero incapaz de evitarlo. Sé que se siente solo, incomprendido, que está harto de que le digan que es hora de retomar su vida. De hacer música. De regresar a la escuela. De organizar un concierto. Pero no ha tocado su guitarra desde esa noche. No ha vuelto a cantar nada, ni una sola vez. Y entre más días pasan y más se tensa, más se llena de rabia y pelea. Contra lo que sea. Incluyéndome a mí.

Así ha sido desde hace un mes: durante el día busca y por la noche medita. A veces, cuando duerme conmigo, me explica sus teorías, lo que ha leído en los foros de padres que buscan a sus hijos desaparecidos, lo que ha aprendido de los casos resueltos en Florida, lo que imagina en sus peores pesadillas y todo en lo que sigue creyendo.

A mí, la ausencia de Harry me anestesia. Siento como si viviera en cámara lenta. Como si « sobreviviera », en vez de vivir. Pero Tristan, por su parte, sigue buscando con la misma intensidad que el primer día, lucha sin descanso, tal vez hasta con más fuerza cada día. Entre más se aleja Harry, más se ensaña su hermano. Entre más tiene el tiempo en contra, más se obstina. Termina por rechazar a todo lo demás y a todo el mundo, todo lo que pueda interponerse en su camino. El camino hacia su hermano.

Y lo único que yo puedo hacer es tomar el mismo camino y correr tras él, para asegurarme de que está bien. Y no romper el vínculo.

Un mes. Llevamos más de un mes sin noticias de Harrison, sin una señal, sin un solo rastro suyo. Ayer, los detectives regresaron a la casa para explicarle a

Sienna, con el mayor tacto posible, que las probabilidades disminuían. Que la búsqueda no podría durar eternamente y que los elementos habían sido reducidos a la mitad. Que hay miles de niños desaparecidos en los Estados Unidos, que la policía también debe darle oportunidad a los demás, a los pequeños que escaparon y podrían regresar, a los que sí podían encontrar. Y que ahora debería considerar unirse a una asociación. Sin embargo, mi madrastra había logrado ya reponerse un poco. Se había levantado, había aceptado comer. Hasta había pedido noticias sobre su hotel. Y luego cayó la sentencia. La detective Cruz puso su mano sobre el antebrazo de mi madrastra y le susurró:

– Lo lamento, seguiremos buscando, pero debería comenzar a hacerse a la idea...

Sienna no la dejó terminar y se arañó nuevamente la cara rugiendo, como una bestia salvaje. Luego regresó a acostarse, adormecida por su coctel de pastillas mágicas. Y el oficial Boyle le dio un golpecito a mi padre en el hombro murmurando « Ánimo », sudando bajo sus pequeños lentes y respirando ruidosamente al momento de partir, sin poder esconder su alivio. Tristan, por su parte, murmuró cien veces « No me importa, seguiré buscando ». Buscó apoyo en mi mirada y sólo encontró lágrimas. Entonces esta mañana, intento ser fuerte, como él, llena de esperanza y de energía.

– ¿A dónde quieres ir?

– A todas partes. Al parque, a la escuela, con su logopeda, su niñera. Sé que ya han hablado con esas personas, hurgaron en todos esos lugares, pero hay que continuar, ¡terminaremos por encontrar algo!

– ¿Crees que alguien terminará por ceder a la larga?

– ¡Claro que sí! A los 3 años, no se tienen amigos secretos. Entonces, quien se lo haya llevado debe ser alguien conocido. Por lo tanto, lo conocemos. ¿Me entiendes?

– Sí... Porque si pensó en llevarse a Alfred con él, significa que siguió a alguien en quien confiaba, repito la teoría de Tristan desde hace un mes.

– ¡Así es, Sawyer!

– ¿Pero quién pudo habérselo llevado? No conocemos a nadie que...

– Sí. ¿Ya viste de lo que es capaz tu mejor amigo? Créeme que hay otros idiotas entre las personas que creemos que son buenas.

– Es cierto.

No me atrevo a decirle que aun así hay una diferencia. Por una parte, un adolescente con problemas y loco de envidia que intenta sembrar el caos porque se siente solo o para que su padre esté orgulloso de él. Por la otra, un adulto psicópata capaz de secuestrar a un niño de 3 años y callarse durante un mes. No estoy disculpando a Fergus. De hecho, ya no le hablo. De todas formas, su familia se mudó a otro estado desde que confesó lo que había hecho. Pero un hombre que

se ensaña con un niño es otra cosa. ¿Y para hacer qué? ¿Secuestrarlo? ¿Matarlo? ¿O peor? ¿Cómo no pensar en lo peor?

– Deja de pensarlo, Sawyer. Sé lo que te dices a ti misma. Tal vez ni siquiera fue secuestrado. Se fue a pasear solo, a mitad de la noche, y un auto lo atropelló. El bastardo escondió el cuerpo y se largó. O que Harry caminó hasta la playa y se ahogó. O se cayó en alguna parte, se lastimó, y estando demasiado débil, no logró salir de allí. Pero en cualquier caso, está muerto. Y no quiero que esté muerto, Liv. Mi hermano no puede estar muerto, ¿de acuerdo? ¡Necesito que lo hayan secuestrado! Y que el enfermo que lo hizo lo haya mantenido vivo todo este tiempo. Y que no lo haya lastimado. ¡Y que lo encontremos vivo! ¿OK? ¿Puedes hacer eso por mí? ¿Puedes ayudarme a creer eso, por favor?

– Sí...

– ¡Alguien que necesita desesperadamente un hijo, eso es! Una mamá amable y un papá protector que se lo llevaron como si fuera suyo. ¡Y lo transformaron en un niño consentido de tanto que lo han amado! ¡Puede ser que ni siquiera esté sufriendo, Liv!

– Sí, puede ser...

Sus ojos azules desesperados me suplican. Su voz grave, a punto de ceder, me conmueve. Sus puños apretados me lastiman. Y asiento, sólo para hacerle bien. Me trago las lágrimas y le digo que sí. Otra vez que sí.

– ¿Nos vamos? murmuro.

– Te sigo.

Él me sonríe, como para agradecerme, pero su hoyuelo no se marca. Sé que en el fondo tiene dudas. Sé que no sonreirá realmente sino hasta que sepa algo. Durante casi cinco horas, esta mañana, recorremos la ciudad a pie. Con los ojos buscando por todas partes, la menor señal, la menor huella de pasos, el pedazo de tela a cuadros que podría ser su pijama. Varias veces, creemos ver un pedazo del peluche verde, pero no es más que un pedazo de hierba, un poco de musgo, una hoja atrapada bajo una piedra. Incansablemente, Tristan interroga a un desconocido, al guardia de un parque, a un transeúnte que no hizo nada, a un agente de policía que sólo controlaba el tránsito, a una joven secretaria que se niega a dejarlo entrar a la oficina del logopeda. Él intenta mantenerse educado pero pierde los estribos. Acusa a todo el mundo, ya sea de que no saben nada o de que están mintiendo.

Frente a la escuela privada a donde asistía Harrison, se ensaña con los padres y las niñeras que están esperando, se planta frente a ellos, uno tras otro los interroga y les suplica, y termina por reprocharles cualquier cosa. No decir nada. No haber visto nada. Sonreír. Compadecerse. No reaccionar. Hagan lo que hagan, digan lo que digan, los odia igualmente. Sólo porque *ellos* podrán volver a ver a sus hijos a la hora de la comida. Van a besarlos, a abrazarlos, a pasar la mano por

su cabello, hacerlos saltar en el aire escucharlos contar lo que hicieron, con su ceceo o tragándose las vocales, y arrastrando su peluche. Eso me rompe el corazón a mí también. Pero me llevo a Tristan del brazo para evitar un nuevo escándalo. Hago una barrera entre él que está gritando sandeces y la multitud enfadada, que comprende su desgracia pero ya no quiere escucharlo. Intento hacerlo entrar en razón, pero no me escucha. Y cuando al fin decidimos regresar, porque ya está agotado y derrotado, ya no nos hablamos. El vínculo entre los dos se rompe de nuevo.

Algunos días más tarde, la villa se llena de periodistas, de fotógrafos y de cámaras. Mi padre, con su traje de trabajo, fuma un cigarro tras otro en el jardín trasero. Me uno a él con dos tazas de café para darle una.

– ¿Te estás escondiendo?

– No, me encantaría poder ir a trabajar sin que me fusilen.

– Sí, entonces te estás escondiendo. ¿Café?

– No, sólo no quiero dejarlos a los tres en medio de todo esto.

– ¿Estabas al tanto?

– Sí, fue idea de Sienna. Yo no estaba de acuerdo... Pero si eso le hace bien...

No pensé que lograra reunir a tantas personas. Algunos periodistas vienen desde lejos.

– ¿Y Tristan?

– Decidió participar también. ¿Ya no se hablan? se sorprende mi padre.

– Sí, a veces.

– Liv, escucha... El hecho de que no estés buscando a Harry día y noche no significa que no lo ames. Y no porque Tristan esté dispuesto a todo tú deberías hacer lo mismo. Hay varias formas de apoyar o de proteger a las personas que... amamos. Varias formas de reaccionar. Y es normal que las... *parejas* sufran en una situación así. No sé cómo van las cosas entre ustedes dos... Pero también debes pensar en ti, no sólo en Tristan.

– ¿Por qué me dices todo esto, papá?

– Porque no me gustan los periodistas, no confío en ellos. Y no quiero que le hagan más daño a esta... *familia*. Haré todo lo posible por encontrar a Harry. Pero también es mi deber como padre guiarte. Y cuidarte. No estás obligada a participar en... *esto*, si no quieres.

– Nunca habías tenido tanto cuidado con las palabras que dices, le respondo con una sonrisa.

– ¡Ya ves, realmente no estoy hecho para salir en la televisión!

– Te creo.

– ¡Y tú eres demasiado bonita, Oliva verde, te arriesgarías a que te reclutaran para actuar en películas!

– Está bien, papá, ya entendí el mensaje.

Al interior de la villa, permanezco alejada mientras que Sienna y Tristan están siendo grabados, sobre el sillón de la sala, ambos con una playera que tiene impresa la imagen de Harry. Mi madrastra habla con una voz fuerte y segura, a pesar de tener ojeras y los rasgos cansados:

– Mi bebé desapareció desde hace apenas poco más de un mes y las autoridades ya nos quieren abandonar. Pero nosotros no nos detendremos. Mi hijo mayor sigue buscando a su hermano, e invito a todos aquéllos que tengan un corazón a seguir haciéndolo. Mandamos a imprimir su foto en las bolsas de plástico que podrán encontrar en los supermercados a partir de mañana. Para que nadie olvide el rostro de Harry. Era tan bello...

Su voz se quiebra y Sienna se calla, mientras que Tristan le muestra a la cámara una de las bolsas en cuestión. Mira hacia el vacío. Y no puedo evitar pensar que él odia tanto como yo lo que acaba de decir su madre. « Todos aquéllos que tengan un corazón », como si sólo ellos dos tuvieran uno. « Era tan bello... », como si un niño feo no mereciera que lo buscaran tanto como uno bello.

– Y quisiera decirle a los secuestradores de mi hijo, si existen, continúa mi madrastra después de aclararse la garganta, que estoy dispuesta a pagar un rescate. Soy dueña de un hotel, aquí en Key West, que vale varios millones de dólares. Tengo los medios. Entonces, todos los que nos den información serán recompensados. Y daré todo lo que tengo, hasta el último centavo, para que me regresen a mi pequeño.

El oficial Boyle le había aconsejado que no comunicara públicamente esa información. Que no prometiera recompensas ni hablara de sumas de dinero. Ésa es la mejor forma de atraer a los curiosos, los mitómanos y los interesados. Y la mejor forma para pasar por una madre frívola y mujer antipática en la televisión, que desprecia a los padres más pobres y piensa que su dinero puede comprarlo todo.

Bingo.

Tristan deja el sillón antes de que ella acabe de hablar. Y algunas cámaras deciden seguirlo a él, ansiosas por verlo derrumbarse, explotar, desquitarse con algo o criticar a su propia madre. Corro detrás de él para evitar que algo de eso suceda.

– ¡Nunca debí haber hecho eso! se exaspera cuando llego con él en el pasillo.

– Lo hiciste por Harry.

– ¡Ellos ni siquiera están aquí por él!

– ¡Yo estoy aquí por ti! le digo tomando su brazo.

– Mierda, debí habértelo dicho antes... gruñe dejándose caer contra mí. Me

hubieras dicho que no lo hiciera, ¿verdad?

– Sí, tal vez...

– Ya no sé, Liv.

Tristan lanza un largo suspiro de cansancio y hunde su cabeza en mi cuello. Al fin puedo tomarlo entre mis brazos. Intento tranquilizarlo, acompañarlo, como él tanto lo ha hecho por mí. Deslizo mis dedos por su cabello sedoso, acaricio su espalda musculosa, sintiendo cómo crece en mí una poderosa oleada de amor y ternura que contuve por tanto tiempo.

Y que por fin puedo compartir.

A partir del día siguiente, el video de Sienna es difundido por todas las cadenas nacionales. Todos decidieron transmitir justo el momento en que se derrumba. Luego en el que Tristan se escapa. Todos remarcen las torpezas de uno y la hostilidad del otro. En los periódicos y en los sitios de Internet, se pueden leer artículos y leyendas de fotos que insisten hasta en la menor falla:

« Ignoramos por qué no toda la familia estaba reunida ese día. »

« El padrastro y la hijastra no quisieron hacer declaraciones. »

« El hijo mayor no pudo contener su rabia. »

« No parece haber dicho todo lo que estaba en su corazón. »

« Los millones no siempre bastan para regresar a un niño a casa. »

Y éstos sólo son algunos comentarios. Mi padre tenía razón. Algunos periodistas siguen merodeando la villa, durante los días siguientes. Algunos intentan hacer hablar a Tristan cada vez que entra o sale, con preguntas tontas acerca de la investigación. Otros me siguen hasta mi auto cuando intento ir a la agencia. Otros más filmaron cuando mi padre intentó hacer que se fueran, hasta que la policía llegó. Siento que la situación ya se nos salió de las manos. Y que las respuestas que esperan ya no sólo conciernen a un pequeño desaparecido.

La semana siguiente, los artículos se multiplican, los periodistas parecen haber hurgado todo, revuelto todo, y la verdad parece cada vez un poco más deformada:

« El rockstar de la ciudad tiene un temperamento fuerte y no solamente contra la prensa. En Key West, Tristan Quinn ya es conocido por varias agresiones, a compañeros, a padres de alumnos y a oficiales de la policía. Varios testimonios reportan igualmente peleas en bares o en fiestas con alcohol, al igual que problemas con chicas menores durante conciertos ofrecidos por su grupo, los Key Who. El historial académico del joven no es mucho más brillante: después de ser expulsado del liceo a los 15 años, fue enviado a un internado privado durante tres años y no salió de ahí con un certificado. Finalmente podemos informar que su licencia de manejo le fue retirada, por una razón todavía

desconocida. »

¡Son los Key Why, cretino!

¡Y Tristan obtuvo su certificado, sólo que se negó a ir a esa estúpida ceremonia de graduación! Jamás golpeó a nadie excepto por Kyle Evans, que lo tenía bien merecido. ¡Y si casi nunca conduce es porque su padre murió en un accidente! En cuanto a las chicas menores, pff...

Todos esos comentarios me hacen hervir por dentro, pero eso no cambiará nada. Mi madrastra no se salva:

« Sienna Lombardi, la businesswoman viuda y vuelta a casar casi de inmediato. »

« Treinta y nueve años y dos maridos ya, de los cuales uno murió cuando ella estaba embarazada, y dos hijos de los cuales uno ha desaparecido, una noche en la que ella no estaba en casa. Estamos lejos de la esposa y madre modelo que aparenta ser. »

Y yo, espero que Sienna esté demasiado cansada como para navegar por Internet.

En cuanto a mi padre, fue inmortalizado agitando los brazos para ahuyentar a un fotógrafo frente a la villa. Así es la imagen, y la leyenda:

« Craig Sawyer, director de una agencia inmobiliaria en auge, ha triunfado en los negocios. ¡Pero en su vida privada ha perdido el control! »

¿Cómo pueden mirarse al espejo después de hacer un trabajo tan asqueroso? ¡No saben nada de mi padre!

Finalmente, encuentro un artículo de primera plana, titulado « *Quinn-Sawyer: dos familias, ¿cuántos secretos?* » e ilustrado por una foto robada de Tristan y yo, abrazados en el patio, el día de la entrevista de Sienna. Justo debajo de la imagen, esta pregunta: « *Aparte de la desaparición de Harry, ¿hay algo más que los una?* »

Mi corazón se detiene y siento cómo me sonrojo, hiervo por dentro, no muy lejos de explotar. Los ataques hacia mi padre, mi madrastra, las mentiras sobre la reputación de Tristan, las indirectas y las pseudo-frases impactantes las acepto. ¿Pero utilizar un drama familiar para llegar a eso? ¿Ensañarse con nosotros dos, con Tristan y conmigo, con todo lo que más amo? ¡Hacer a un lado a Harry para centrarse en esa pseudo-historia de incesto, aparte de todo lo que estamos sufriendo ya! Todo eso me da náuseas.

Dejo la habitación y corro a la planta baja. Me parece que mi padre ya regresó, pero Tristan todavía no. Y debo hablar con él a toda costa antes que... Demasiado tarde. En medio de la escalera, escucho la televisión lanzando horrores. Frente a ella, encuentro a Sienna, de pie, con la mano en la boca abierta. Y mi padre, detrás de ella, sosteniéndola por los hombros para impedir que se caiga. Cuando notan mi presencia, sus reacciones son tanto diferentes como extremas. Mi padre palidece, cierra los ojos y luego camina lentamente hacia mí, como hacia un animal herido al que no se quiere hacer huir. Mi madrastra, por su parte, se pone a

correr y gritar, como si toda su fuerza, toda su voz y toda su rabia le hubieran regresado de pronto.

– ¡Me quitaste a un hijo aun cuando no tenías derecho! ¡El segundo está desaparecido, por culpa tuya! ¡¿Y todavía encuentras una forma de manchar el nombre de mi familia?! ¿Qué te he hecho para merecer esto? ¡¿Qué te hice, Liv?! ¡Craig, di algo! ¿Cuándo van a dejar de destruir todo, ustedes dos?

Mi padre rodea mi hombro con su brazo y me lleva con él, hacia el jardín trasero, mientras que Sienna llora y vocifera. Una vez fuera, él enciende rápidamente un cigarrillo, con sus dedos temblorosos, antes de susurrarme:

– No está pensando nada de lo que dice. Es la furia hablando. Y furia no es más que una etapa del duelo, Liv. Nada más. Tengo que ir a ocuparme de ella.

– Ya sé..., suspiro.

– ¿Segura?

– Sí, papá. Ve, te necesita.

Él tira su colilla, me da un beso en la frente y regresa a la casa.

Tristan, te necesito tanto...

4. 48 días

Cuarenta y ocho días. Nada todavía.

Cuando cierro los ojos, intento recrear su rostro. La redondez de sus ojos, las líneas de su mandíbula, la punta de su pequeño mentón, los dos ojos azules que te miraban con gravedad. Entre más tiempo pasa, más borrosa se vuelve su imagen. Sólo sus ojos permanecen perfectamente grabados en mi memoria.

La voz del animador me rompe los oídos, pero guardo mis comentarios para mí. Sienna está tirada frente a la tele, con un paquete de papas fritas en la mano, mientras que yo le preparo un sándwich digno de ese nombre. Lechuga, tomates, un poco de atún y mayonesa. Si alguien me hubiera descrito esta escena hace un mes y medio, no lo hubiera creído.

Mi madrastra - o lo que queda de ella - estalla de risa tras una broma ultra pesada y luego se inclina hacia mí apretando el nudo de su bata:

– ¿Sabes cuándo regresará mi hijo? ¿El que no perdí?

Con la mejilla llena de migajas, se obliga a sonreír, pero sus ojos no tienen nada de jovial. Pongo el pedazo de pan encima del sándwich y se lo doy, junto con un vaso de agua.

– Tristan no debe de tardar. Hoy era la primera vez que iba a ensayar.

– Mejor, suspira rechazando su cena. Quiero que regrese a su vida.

El teléfono fijo suena, sobre la mesa baja, y como cada vez que eso pasa, Sienna-el-Deshecho se transforma en Sienna-la-Guerrera. Se levanta de un salto para lanzarse por el aparato frente a mí. Sigue creyendo que recibirá una buena noticia, algún día...

¿Yo? Ya ni sé...

Su rostro cambia de color varias veces, luego cuelga después de decir sólo estas palabras:

– En cuarenta minutos. Entendido. No nos moveremos de aquí.

Mientras que ella se baña para ponerse presentable, yo me encargo de convocar a los dos ausentes de la casa. Desde la recámara principal de la cual dejó la puerta abierta, Sienna me grita todo y nada a la vez:

– ¡Si no llegan en menos de media hora, que ni pongan un solo pie en esta casa!

Luego:

– ¡El oficial Boyle no me dijo nada preciso, pero su tono era bueno!

Y finalmente:

– Prepara sándwiches para todo el mundo, Liv. ¡Los hombres tendrán hambre!

Cenicienta. Eso es todo lo que soy para ella. Pero en este instante, me da lo mismo que me trate como la esclava de la casa. Que se imagine que a mí no me mueve nada por dentro la simple idea de que el detective principal nos anuncie una noticia. La que sea. Sienna puede hablarme y tratarme como quiera. Como una madre que ha perdido a su hijo. No hay dolor más grande que el suyo.

Mientras que mi padre sale corriendo de su agencia inmobiliaria, Tristan me responde que acaba de pasar el portón. Llego con él afuera, en el patio frontal, ignorando los gritos del torbellino, que continúa dándome órdenes desde el baño de la planta baja.

– Parece estar bien... ¿Qué está pasando?

La voz aguda me sigue el rastro, inclusive desde la regadera, inclusive cuando ya estoy afuera. Termino por azotar la puerta de la entrada detrás de mí. No más Sienna. Tristan lleva puesta la playera de Led Zeppelin que me envió cuando estaba en París. Todos los recuerdos regresan a mí y no puedo evitar observarla. La tela oscura moldea cada músculo de su torso, de sus brazos. Es hipnotizante.

– ¿Liv? me pregunta el rockstar.

– ¡Perdón! Boyle llamó. Según lo que entendí, nos va a visitar en treinta minutos.

– ¿No dijo nada más?

– Tu madre habló con él. Pero al parecer no.

– Más malditos misterios... suspira pasándose la mano por el cabello.

No me atrevo a preguntarle si creo que eso es buena señal o no. No me atrevo a preguntarle nada más, para ser honesta. Cuando Tristan quiera hablar conmigo, sabe dónde encontrarme. El resto del tiempo, lo dejo vivir en paz. Es mejor así.

Para él...

Su estuche de guitarra cuelga negligentemente de su hombro, a punto de caerse. Abro la puerta para dejarlo pasar.

– Entra, eso debe pesar.

– Al contrario, no sabes el peso que me quita de encima...

Llega a la entrada, deja su instrumento y estira la nuca mirando hacia ambos lados con la cabeza.

– ¿Tocaste?

– Sí.

– ¿Cantaste?

– No, murmura mirándome intensamente. No logro hacerlo.

– Tu voz regresará.

Me odio inmediatamente por haber susurrado esas palabras.

– ¿Y él, Liv? ¿Acaso él regresará? replica Tristan señalando con el dedo la foto enmarcada de Harry.

Su pregunta no tiene nada de agresivo, nada de cruel. Casi hasta es infantil, ingenua. Como si Tristan hubiera comprendido que luchar contra lo inevitable no llevaba a ninguna parte. Como si al fin reconociera su impotencia. Para la mayoría, eso nos tomó cerca de una semana. Para él, un mes y medio. Eso es lo que se llama tener fuerza de carácter...

Craig llegó dos minutos antes que el oficial Boyle y la detective Cruz. Nos instalamos en la sala, rogando por una buena noticia. Un brillo de esperanza, al menos... Los dos policías van directo al grano, por primera vez. Nada de palabras inútiles.

La joven mujer con el cabello peinado hacia atrás saca una bola de plástico de su maleta. Una bolsa que contiene un elemento clave en la investigación, dice suavemente. Y de pronto, la Tierra tiembla bajo nuestros pies. Todos nuestros ojos se desorbitan, nuestras bocas se entreabren, pero ningún sonido logra salir. No durante los primeros segundos. Y luego Tristan es el primero en hablar, inclinándose hacia el objeto en cuestión.

¿Habla? No. Ruge.

– ¡Alfred! ¡Mierda! ¡¡Alfred!!

Efectivamente es él, el pequeño cocodrilo desgastado, encerrado en su bolsa para no destruir ninguna pista que pueda ser útil a la investigación. Sienna se deshace en lágrimas, Tristan intenta tomar el peluche, pero el detective lo detiene en seco.

– ¡Esperen! Hay que manipularlo lo menos posible. Sólo necesito que me confirmen.

– ¡Es él! grita Sienna. ¡Le decimos que ése es Alfred!

– Pueden observarlo más de cerca, para reconocer un detalle, cualquier cosa que lo haga único, agrega la detective con una voz suave.

Tristan y yo estudiamos más de cerca el montón de pelos verdes. Tengo el corazón estrujado y un nudo en la garganta. Ver a Alfred sin Harry es doloroso. El peluche está muy sucio, mojado, pero logro distinguir lo que quería.

– La pata delantera... murmuro. Está rota.

– ¿Y?

– Harry siempre la estaba masticando, explica Tristan con una voz sombría.

Constatar eso nos congela la sangre. No logro decidir si este hallazgo es algo bueno o malo. Las suposiciones chocan en mi mente, me levanto y le doy vueltas a

la habitación para intentar ver más claro. Durante este tiempo, Tristan también lucha, con la cabeza escondida entre sus manos. Finalmente, Boyle rompe el silencio dirigiéndose a su colega:

– Cruz, puede llevarse la evidencia a la comisaría.

– ¿Podemos saber más? ¿Dónde encontró el peluche? pregunta de repente mi padre, con una voz intimidante.

– A alrededor de siete kilómetros de aquí.

– ¡¿Siete?! piensa en voz alta Tristan.

Él se encuentra nuevamente entre nosotros. Se levantó y se recargó contra la pared, al igual que yo. Muy cerca de mí.

– Sea honesto, Boyle. Díganos lo que piensa *realmente*.

El policía mira a Tristan con cierto respeto y luego le responde:

– El laboratorio comenzará a analizar las muestras esta misma tarde, pero pienso que la prueba está ahí. Harry fue secuestrado. Un niño de 3 años no recorre siete kilómetros a pie. No solo. No en la carretera donde encontramos la evidencia.

– Se llama Alfred... solloza Sienna, abrazada por mi padre.

– ¡Antes ni lo soportabas! se enfada Tristan. ¿Y ahora quieres que lo llamen por su nombre?

– ¡Tristan!

Lo tomo del brazo y lo obligo a dejar la sala conmigo. Para mi gran sorpresa, no se resiste y acepta seguirme hasta su habitación. Una vez que cerramos la puerta, lo empujo a su cama y descubro que una sonrisa le atraviesa el rostro.

– ¿Te divierte ser cruel? ¿No crees que tu madre tiene suficiente dolor de por sí?

– Liv...

– ¿Por qué necesitas enterrar más el cuch...

– Liv...

– Francamente, eso es algo indigno de ti...

– ¡SAWYER!

– ¿Qué?

– ¡Hay una esperanza!

– ¿Una esperanza de qué?

– ¡De que esté vivo! No fue un accidente. ¡No se ahogó no sé dónde, no lo atropellaron, no se lo comió un cocodrilo hambriento! ¡Si está secuestrado, todavía podemos encontrarlo!

– Tristan...

– Un poco de esperanza, Liv. ¡Es todo lo que pido! Todo lo que esperaba...

Aunque estoy menos segura que él de que esto tendrá un final feliz, sucumbo ante su alegría. Hay que decir que su sonrisa es contagiosa. Sus ojos temibles. Y esa sonrisa.

¿Ya hablé de su sonrisa...?

Sus manos rodean mi cintura y me jalan bruscamente hacia su cama. Lanzo un grito de sorpresa y me hace callar besándome. Su boca es dulce, sabe al refresco que acaba de tomar, hace algunos minutos.

- ¿En verdad crees que podemos festejar? le pregunto entre dos besos.
- No tengo otra opción, Liv. O creo en eso, o me vuelvo loco...
- Entonces yo también quiero creer contigo... murmuro rozando sus labios.

Cincuenta días.

– ¡No olviden la marcha blanca organizada esta tarde, en conmemoración del pequeño Harry Quinn! Vengan y demuestren su apoyo, vístanse de blanco. La cita está fijada a las 8:30 de la noche frente al palacio de gobierno de la ciudad. ¡No sé ustedes, pero nosotros estaremos allí! ¡Apresúrense, es en menos de una hora!

El locutor de la radio no deja de recordar el programa de la tarde. En mi auto, me doy cuenta de que el tiempo apremia. Acelero, le toco el claxon a un conductor que intenta rebasarme mientras habla por teléfono, luego tomo el camino que lleva a la villa. Paso rápido a mi habitación y estoy lista con mi top blanco y mis jeans más blancos. Por primera vez, obedezco las reglas. Por primera vez, tengo ganas de darle gusto a todo el mundo, hasta a Sienna.

Tristan llega conmigo a la cocina, mientras me como un yogurt a toda velocidad.

- ¿Estabas aquí? pregunto asustándome.
- Así como lo ves... ¿Todavía no estás lista, Sawyer?
- ¿Y tú?
- Casi, suspira quitándose la playera verde frente a mis ojos.

Obviamente, tengo que sonrojarme como niña tonta al encontrarme frente a su torso de dios griego. Y obviamente, él tiene que hacer un comentario sobre esto. Una mirada insolente más tarde, se dirige al cuarto de lavado y regresa con una playera blanca con cuello en V.

– Un rebelde que respeta las reglas... Eso es casi tan sorprendente como sexy, murmuro tomando las llaves de mi auto.

– Todo esto fue organizado para Harry. No tengo ganas de dar un espectáculo.

- ¿Te llevo, Quinn?
- Nunca he subido a tu auto, dice de repente como si en este instante se diera cuenta de ello.
- No. Y siempre me he preguntado si algún día lo harás.
- Entonces creo que ese día es hoy.

– Digamos que lo haces por Harry.

– Sí, por Harry.

Nuestras sonrisas se estiran tímidamente y caminamos en silencio hasta mi auto. Una vez que enciendo el motor, Tristan y yo apenas si intercambiamos algunas palabras. Por más que esté tan cerca físicamente, su mente está en otra parte. Normal, cuando me estaciono, nos damos cuenta de que centenas, si no es que miles de personas se están reuniendo para honrar a su pequeño hermano desaparecido.

– Sabes, no vienen con la esperanza de que lo encontremos, dice al ver la multitud vestida de blanco. Vienen para decirle adiós. Para intentar seguir adelante. Todos están convencidos de que está muerto...

– Nosotros somos los únicos que seguimos creyendo.

– Sí, pero somos los únicos que saben quién es en verdad. En nuestro lugar, él estaría aquí, gritando nuestros nombres con su voz estridente, comiéndose las consonantes, sin importarle lo que los demás piensen. Él hubiera sido el último en dejar de creer. En dejar de esperarnos. Mierda... Harry...

Una lágrima corre por su mejilla. Por varios segundos, Tristan observa la calle repleta de personas a través de la ventanilla. Luego se seca el rostro con el revés de la mano, me da un beso muy cerca de los labios y sale de mi auto soltando un « ¡Hasta pronto Sawyer! ».

Bonnie llega en ese mismo momento - comprendo que hizo que Tristan huyera - y nos alejamos un poco de la gran plaza. Francamente no tengo una buena reputación en esta ciudad. No desde que mi historia con Tristan fue revelada. Mucho menos desde que su hermano fue secuestrado mientras nosotros lo estábamos cuidando. Y menos aún desde que salieron artículos difamatorios y reportajes televisivos no muy favorecedores... Entonces mejor evito cruzar miradas. Provocar el sarcasmo, la maldad gratuita y las agresiones. Estoy aquí por Harry, no puedo ni pensar en iniciar un escándalo.

Hay cada vez más personas alrededor de nosotros, algunas banderolas que se izan encima de nuestras cabezas son particularmente conmovedoras. Y ver el rostro del pequeño por todas partes, sobre las playeras, sobre las pancartas, me recuerda cuánto lo extraño. Las emociones me inundan y Bonnie me abraza por un minuto, mientras me controlo. Luego Betty-Sue nos encuentra por milagro en medio de toda la gente y aterrizo entre sus brazos. Mi abuela me muestra el colgante en forma de corazón que lleva alrededor del cuello y me informa que lo talló de esa vulgar piedra especialmente para Harry, convirtiéndola en una preciosa joya. Luego la marcha comienza lentamente y mi padre me llama a mi celular para decirme que me una a ellos a la cabeza del cortejo.

– ¿Betty-Sue está contigo?

– Sí, pero nos quedaremos atrás...

– ¿Qué? ¡No, ni pensarlo! ¡Liv, vengan con nosotros! ¡Si hay un momento para ser una familia unida, es ahora!

– La gente me detesta, susurro para no llamar la atención. Arruinaré todo...

De repente, adivino que el teléfono cambia de mano y es una voz ronca y amenazante la que se dirige a mí:

– Sawyer, trae tu pequeño trasero aquí ahora mismo o iré a buscarlo yo mismo...

– Tristan, ya sabes cómo es la gente...

– ¡No me importa! ¡Yo te protegeré! ¡Golpearé al primero que diga o haga algo en contra tuya!

– Yo...

– Liv, te juro que si no haces esto por mí, por Harry, por tu padre... y hasta por mi madre... Liv, esta vez no te lo perdonaré.

Se escuchan rumores y algunos silbidos cuando llego a la cabeza del cortejo, al lado de Tristan. Claramente, no soy la persona más apreciada de Key West, pero nadie me agrede verbal o físicamente durante los tres kilómetros que recorremos.

Una vez que llegamos frente al océano, sobre la inmensa playa de arena blanca que bordea la isla, Sienna y Tristan encienden los primeros globos de Cantoya. Conmovidos, se voltean hacia la multitud y, en algunos minutos, todas las velas son encendidas. Sienna es la primera en soltar el suyo, seguida por Tristan. Luego por todos los demás, incluyéndome a mí. Un millón de globos vuelan, como un millar de *Te amos* dirigidos a Harry. Mis mejillas están empapadas en lágrimas, miro el cielo suplicándole que nos los regrese.

De pronto, un movimiento de la multitud me transporta hacia la derecha, me encuentro lejos de los míos y todos me empujan. Una vez. Dos veces. Cada vez más fuerte. Me volteo y me encuentro frente a un hombre fornido, que me insulta cruelmente y continúa con su camino. Otro más hace lo mismo. Recibo sus palabras de frente, en medio de esta multitud, me empujan como si fuera una muñeca de trapo, no se detienen. Escucho « incesto », « arrastrada » y otras cosas peores. Nunca me habían tratado así, ni había visto tanta cobardía. Esta vez, dos chicas se plantan frente a mí y me observan de la cabeza a los pies, con una mueca de asco. Cuando se van riendo, no olvidan escupirme.

Harry hubiera odiado ver eso. Miro a todos lados, aturdida, y finalmente veo a Tristan, a una decena de metros de allí. Lo veo decirle algunas palabras a su madre al oído y no tengo la fuerza para romper ese momento. Entonces admiro por última vez el cielo lleno de estrellas y me abro camino para salir de la multitud. Me tardo una eternidad en liberarme y, detrás de mí, percibo vagamente una voz pronunciando mi nombre. Seguramente alguien que quiere quemarme el cabello o arrancarme las uñas. Ignoro esas llamadas y busco el mejor camino para salir de este infierno.

Finalmente, una vez separada, lo escucho claramente. Tristan. Sin aliento, con las mejillas rojas y fusilándome con la mirada.

– ¿Por qué no me dijiste que te estaban insultando? ¡Una niña tuvo que venir a avisarme para que lo supiera! Mierda Liv, ¿quién soy yo para ti?

– Harry es lo que importa, no yo. Estoy perfectamente bien, regresa con Sienna.

– ¡Deja de hacer eso! ¡De huir de mí! ¡Me vuelve loco! gruñe Tristan inclinándose hacia mí. ¡Quiero que te quedes CONMIGO!

Él rodea mi rostro con sus manos y me besa a la fuerza. Luego sus manos aprisionan mis caderas y me levantan. Aterrizo entre sus brazos contra mi voluntad, me resisto, pateo, muevo los brazos, pero es demasiado fuerte para mí. Tristan me lleva hasta la pequeña cabina en la entrada de la playa, la que está reservada para los salvavidas y los vigilantes, para después encerrarme adentro. Él se queda afuera.

– ¡Así ya no te escaparás! me dice a través de las tablas de madera.

– ¡Déjame salir de aquí!

– No.

– ¡Tristan!

– Ni en sueños, Sawyer.

– ¿Cómo obtuviste la llave?

– Fui yo quien organizó esta marcha. Y aquí estaban guardados los globos de Cantoya.

– Pero creí que... Esta marcha... ¡Ni siquiera querías participar al principio!

– ¡Algo tenía que suceder! Para que los medios regresaran y no nos olvidaran. ¡Para que siguieran con la investigación! ¡Y obtuvieran nuevos testimonios!

– ¡Pudiste habérmelo dicho!

– No. Era más divertido que no lo supieras.

Traducción: « Me burlé tranquilamente de ti. »

– ¡Ábreme o empezaré a gritar! lo amenazo pateando la puerta.

– Grita, te lo ruego.

– Por favor, Tristan...

– Ya estoy harto, Liv. De tener que luchar por Harry. Por ti. Por nosotros...

– Entonces dejemos de pelear, murmuro. Déjame salir y hagamos las paces.

– No.

– ¡¿Por qué?!

– Porque tengo una mejor idea...

La puerta se abre estrepitosamente y se vuelve a cerrar con un ruido seco. Tristan está aquí. Adentro, conmigo. Después de escuchar un ruido de llave, veo cómo se abalanza sobre mí, quitándose la playera blanca. Me aplaca contra la

madera, me besa ferozmente, pasa sus manos bajo mi top y luego bajo mi sostén. Jadeo entre sus labios.

– ¿Esto es lo que quieres, Liv? me pregunta su voz ronca.

– Sí...

Apenas resoplé mi respuesta antes de que mi top desapareciera, seguido por mi sostén de encaje blanco. De repente, sus labios, su boca, su lengua, sus palmas, sus uñas están por toda mi piel y mis suspiros se pierden en la noche.

– Te extrañé tanto...

Resoplo esta frase sin pensarlo, mientras que Tristan me devora con sus besos. Luego se detiene, aplaca su mano sobre mi boca y sus ojos azul marino me fusilan.

– No hables, Liv. No pienses.

Después de haber verificado que estaba dispuesta a cooperar, él libera mi boca. Lentamente, su palma desciende acariciando mi cuello, mi pecho, mi vientre desnudo, para llegar hasta mis muslos, contra mis jeans.

– Te deseo. Tú me deseas a mí. Y ahora eso es todo lo que importa.

Asiento en silencio, aturdida por su intensidad, excitada por su voz viril. su tono autoritario, su respiración que roza mi rostro.

– Ya no quiero pensar más... gruñe.

Su mano sube bruscamente, entre mis piernas, puedo sentir su calor y la costura de mis jeans frotando contra mi clitoris. Este repentino contacto me hace gemir. El vigor y la urgencia de sus gestos multiplican mi deseo.

– Ya no quiero hablar... susurra muy cerca de mi boca.

Me ahogo en su mirada febril, Tristan se mordisqueea el labio y me derrite. Un fuego se enciende, en mi parte baja. Jalo el cinturón de sus shorts para aplacarlo contra mí. Nuestras bocas chocan de nuevo, se besan con pasión, casi con saña. Y nuestros cuerpos se imantan en silencio.

La mano impaciente de Tristan se desliza bajo mi pantalón. Y yo tengo la misma idea al mismo tiempo. Nuestros brazos se enredan, nuestras pieles se electrizan, nuestras caricias se responden y pierdo la cabeza. Su sexo esta duro bajo mi palma, erguido contra su vientre. Mi intimidad se enciende bajo sus dedos. Luego Tristan interrumpe nuestros besos apasionados para mirarme directo a los ojos. Un brillo de desafío pasa por su mirada, su mirada se llena de esa insolencia que tanto amo. Y me acaricia, nuevamente, de arriba a abajo, de izquierda a derecha, en círculos demenciales. Me olvido de todo por un instante, suelto un gemido. Luego aprieto mis dedos alrededor de su erección. Él me responde con un gruñido sonoro, antes de sonreír.

No sé si estamos jugando a « ¿Quién se vendrá primero? », pero esto me gusta. Amo su pasión y su provocación. Amo la audacia que despierta en mí. Amo sentir sus músculos tensándose cuando aprecia lo que le hago. Amo ver mi cuerpo

arqueándose muy a mi pesar, cuando sucumbe ante sus caricias. Amo nuestras aprisionadas bajo la tela, como si no tuviéramos tiempo que perder desvistiéndonos. Amo el fuego que arde bajo nuestra ropa. Amo nuestras pieles desnudas. Y más que nada, amo a este Tristan, que ya no quiere hablar ni pensar. Sólo hacer el amor conmigo, en esta casa de madera, donde lo único que importa es su deseo y el mío.

– Liv..., suelta su voz grave.

Y amo tanto escucharlo pronunciar mi nombre, cuando ya no hay nada más que decir...

Su mirada brillante me desafía nuevamente. Su mano izquierda se aplaca estrepitosamente contra la puerta, justo al lado de mi rostro, como si intentara retomar el control. Y su mano derecha se hunde en mis bragas, hasta que desliza un dedo dentro de mí. Esta vez, ya no logro pensar en nada más, concentrarme, seguir acariciándolo. Es demasiado bueno. Demasiado intenso. Sabe que ya ganó. Su hoyuelo se marca y un segundo dedo acompaña al primero. Pierdo el piso.

– Más fuerte...

No sé quién suspiró esta orden. Tal vez yo. Sí, porque Tristan se arrodilla, hace saltar mi botón con un gesto seco, baja mis jeans blancos a lo largo de mis piernas, toma salvajemente mis nalgas y luego desliza mis bragas por mis caderas y muerde mi flanco mientras se deshace de toda mi ropa, con gestos presionados, impetuosos, incansables.

Cuando se endereza, es él quien se quita los shorts y los bóxers y lanza sus tenis por la habitación. No necesitamos hablarnos para ponernos de acuerdo: lo urgente es desnudarnos. Lo urgente es sentir su piel contra la mía. Su cuerpo contra el mío. *Más fuerte*.

Sin dudarlo, sin un gramo de pudor o de timidez, tomo su sexo con la mano para guiarlo hasta mí. Para rozarlo contra mi clítoris encendido. Para suplicarle a Tristan que me tome. Que alivie mi ardor, que sacie mi necesidad vital de él. Y no necesito esperar.

Él desliza sus manos bajo mis muslos, me levanta del suelo, enreda mis piernas alrededor de su cintura y me aplaca con fuerza contra las tablas de madera. Nunca me había sentido tan *mujer*, tan ardiente de excitación, como entre los brazos de este chico musculoso, poderoso, desbordante de virilidad. Y nunca había tenido tanta sed de él. Creo que podría morir aquí y ahora si no hace lo que estoy esperando.

Pero él lo sabe. Su sexo erecto se acerca a mí. Contengo el aliento. Y Tristan entra en mí, con un movimiento sensual de la pelvis. Ya no respiro. Mi corazón se detiene. Mi cuerpo arde en llamas. Él se queda así por un instante, hospedado en mi feminidad, por largos y deliciosos segundos, disfrutando de este placer tanto como yo.

Corrección: podría morir aquí y ahora si su cuerpo se separara del mío.

Quisiera que se quedara ahí por siempre. Quisiera que nos convirtiéramos en uno mismo, por siempre. Sólo para poder sentir este óptimo bienestar, esta sensación de abandono, esta sublime evidencia. Enlazo mis brazos alrededor de su cuello, pego mis senos contra su torso, deslizo mis dedos en su cabello y mi lengua en su boca. Cada centímetro cuadrado de mi cuerpo se fusiona con el suyo. Y podría hasta llorar de lo delicioso que se siente.

Pero mi cruel amante aprovecha para alejar su pelvis de la mía. Y me penetra de nuevo, un poco más fuerte, un poco más adentro. Mientras me besa apasionadamente. Lo recibo en mí, sorprendida pero contenta por esta iniciativa, antes de susurrarle « Más... ». Este chico tiene el talento de saber mejor que nadie, mejor que yo misma, lo que deseo en el fondo.

Acaricio sus bíceps tensos mientras que él se hunde en mí. Lo escucho gruñir entre dos besos. Lo miro deseándome, poseyéndome, colmándome. Me dejo llevar por el ritmo de sus maravillosas puñaladas. Me olvido de todo, ya no soy más que un torbellino de sensaciones inauditas, un concentrado de suspiros y de gritos, una mitad de este tórrido encuentro donde nada está prohibido.

Sólo una mitad de él.

- Tristan..., balbuceo cuando el placer me sumerge.
- Espera... No tan rápido...
- ¿Por qué? pregunto casi suplicando.
- Espérame, Liv.

Su voz ronca, ahogada, me desarma. Leo una emoción extraña al fondo de sus ojos azules. Como una especie de nostalgia inconfesable, un deseo de que este momento sagrado no se detenga nunca, de evitar llegar al final lo más que se pueda. Tristan se detiene en seco, deja deslizar mis piernas sobre las suyas hasta que mis pies regresan al suelo. Retrocede algunos pasos, desnudo, endiabladamente sexy, con sus músculos marcados y su sexo tenso. La fuerza que emana de todo su cuerpo contrasta con la ternura de su mirada, casi triste. Tal vez desesperada. Al grado que me pregunto si me está mirando así por última vez...

De repente me siento vulnerable. Terriblemente desnuda. Y terriblemente sola. Mi temperatura corporal cae a una velocidad vertiginosa, mis pezones se endurecen más por el frío que por el placer. Mi corazón golpea igual de fuerte, pero tal vez sea por el miedo.

- Míranos, Liv...
- Es todo lo que hago.
- ¿Cómo te parecemos?
- Bellos.
- ¿Tristes?
- Tal vez... un poco.

- ¿Locos?
- Siempre, le sonrío tímidamente.
- ¿Por qué? me pregunta volviendo a jugar.
- Porque no puedo hacer otra cosa que no sea estar loca por ti.
- Y no puedes evitar volverme loco también, suspira.
- ¿Ahora sí tienes ganas de hablar?
- No. ¿Tú?

De pie en medio de la casita, Tristan se frota vigorosamente el cabello, se mordisquea el labio inferior, sin que sepa si esto es por nervios o sólo para provocarme. Su erección no se debilita. Intento no mirar ahí, pero mis ojos curiosos me traicionan. Y él me ve. La expresión de su rostro vuelve a ser de orgullo, de arrogancia, de provocación.

- Lejos... A mí me parece que estamos lejos, comenta.
- Demasiado lejos..., asiento, pero sin dar un paso.

Él cruza los brazos sobre su pecho, como si dijera « Ven a buscarme si te atreves », pero no cedo.

– Para alguien que no quiere pensar, creo que no lo estás haciendo muy bien...

– Y para alguien que te quiere hacer gozar, pero no de inmediato... ¿Cómo lo estoy haciendo?

- Maravillosamente. Ya me enfrié por completo.
- Ven.

Su sonrisa retorcida se amplía, su hoyuelo se marca y me ofrece su mano.

- Ya no quiero, me resisto sólo para molestarlo.
- Mentirosa.
- Manipulador.
- Vuélveme loco, Liv.

Su mano se desliza sobre su vientre, inclina ligeramente la cabeza hacia un lado y se divierte acariciando sus abdominales que no puedo tocar.

Bastardo...

Me lanzo, recorro los pocos metros que nos separan corriendo y le salto encima. Literalmente. Mi cuerpo desnudo choca contra el suyo. Él se derrumba bajo mi peso amortiguando nuestra caída. Me encuentro a horcajadas sobre él, extendido en el piso. Y su risa gutural estalla en el lugar.

- Creo que ya nadie está lejos, digo con una sonrisa, casi fanfarroneando.
- Pero seguimos igual de locos..., me responde acariciando mi cabello.

Luego me jala hacia él para besarme. Apasionadamente. Y hace renacer el fuego entre mis piernas. Su sexo roza mi muslo. Sus manos dibujan mis curvas, a lo largo de mis costados, para detenerse en mis caderas. Sus dedos aventurados tamborilean sobre la piel fina y terriblemente sensible de la ingle y luego se

inmiscuyen entre mis labios. Mi clítoris se inflama de placer.

– ¿Sigues fría? me pregunta burlándose.

Es mi turno de aplacar mi mano contra su boca. Sus ojos sonríen en lugar de su boca. Me acaricia regocijándose. Me caliento en silencio. Y me hundo en su mirada brillante, donde se mezclan amor y deseo. Ternura y locura.

Ardiendo por dentro, separo su mano aventurera para dejar a mi intimidad directamente frente a su sexo. Pero Tristan me voltea de un golpe seco y retoma el control. Sensual y audaz. Es él quien separa mis piernas con su rodilla. Quien desliza mi muslo a lo largo del suyo y lo acomoda sobre su cadera. Quien se acerca peligrosamente a esta fusión que tanto espero.

Me penetra con un golpe contundente, sin dejar de verme. Suelto un grito agudo. Vuelve a hacerlo. Clavo mis uñas en su nalga. Me toma, un poco más salvajemente. Lo atrapo por la nuca para saborear su lengua. Me la niega, hunde su rostro en mi cuello, mordisquea mi piel, el lóbulo de mi oreja. Su aliento cálido me da escalofríos. Sus puñaladas me hacen ver las estrellas.

Nuestro encuentro cuerpo a cuerpo se acelera, nuestros sexos se imantan, se mezclan, se fusionan por completo. Esto me parece evidente de nuevo. Él y yo. Tristan y Liv. Quinn y Sawyer. Lo prohibido que sin embargo parece tan justo. La alquimia perfecta. Y nuestros placeres que aumentan, nuestros gritos que se responden, su aire que respiro, mi cuerpo que él hace suyo, esta impresión de pertenecerle. Él gruñe, ruge, tiembla entre mis piernas. Soy yo quien le pide que me espere. Ya casi llego. Es tan delicioso. Tan grande. Un orgasmo demencial.

– Juntos..., resoplo cuando despego.

Tristan aprieta con todas sus fuerzas mi cuerpo que tiembla. Se instala en mí, por última vez, antes de abandonarse. Nuestros orgasmos estallan para convertirse en uno solo. Nuestros corazones laten uno contra el otro. Y nuestros labios se unen en un último beso.

Una lágrima corre por mi mejilla. De emoción, de embriaguez, por este amor tan fuerte que podría ser el último.

5. 80 días

Ochenta días.

Harry, donde sea que estés, cuídate.

– Feliz cumpleaños, querida, me dice Betty-Sue ofreciéndome una taza de su tisana mágica. ¡Julio! ¡Qué bello mes escogiste para nacer!

– Este año no, abuela...

– ¿Cómo que « este año no »? ¿¿Y cómo que « abuela » ??

Sus ojos en blanco y su boca apretada me hacen sonreír, pero la carcajada que está esperando no llega. Me levanto con dificultad de su sillón, del cual cada centímetro cuadrado está ocupado por animales de todo tipo de pelaje y después llego hasta la mesa donde ella se encuentra sentada. Elijo una silla cómoda y le hago una señal de que su sermón puede comenzar. Mientras tanto, Filet Mignon ha tomado mi lugar en el sofá.

– Liv, pequeña, tienes que reaccionar. Harry ya no está, pero tu vida apenas está comenzando...

– ¡Dices eso como si estuviera muerto!

– Ya sabes que el tacto no es lo mío, suspira. Todos los días ruego por que el pequeño encuentre el camino de regreso a su madre, su hermano, su familia, su casa. Pero mientras tanto...

– ¡Mientras tanto, seguiremos buscándolo! ¡Creyendo que regresará!

– Liv, ¡despierta! ¡Diecinueve años es la edad en la que todo es posible! Deberías explorar el mundo en vez de...

– ¿En vez de qué?

– Liv...

– ¿Qué estás insinuando? ¿Que debería abandonar a Harry? ¿Dejar a... Tristan? alzo el tono sintiendo cómo un sabor amargo se expande en mi boca.

La pelea verbal se detiene. Los dedos de Betty-Sue tamborilean sobre su taza, ella mira al vacío, sin lograr encontrar la respuesta. Finalmente, termina por murmurar:

– No debes olvidarte, Liv. Es lo que quería decirte. Deja de culpabilizarte. O si no, terminarás por apagarte completamente...

Una lágrima corre por mi mejilla. La primera desde hace una decena de días. Antes de eso, ya no podía llorar. Mi cuerpo había dejado de producir lágrimas.

Ochenta días.

– A veces, hay que irse para regresar mejor..., concluye tristemente la hippie.

Consciente de haberme conmovido, me dirige una mirada llena de compasión, luego acaricia la enorme cabeza del mastín inglés que babea sobre sus rodillas. Yo me levanto, tomo mi bolso y dejo la casa de la felicidad.

Últimamente, la felicidad de los demás me repugna.

Hay otro cumpleaños que no celebramos en junio: el de Harrison. Hubiera cumplido cuatro años. Ninguno de nosotros pudo contener las lágrimas ese día. La idea de celebrarle un año más de vida a un pequeño que tal vez no vuelva a soplar ni una sola vela más es simplemente abominable.

En la mente de las personas, Harry siempre tendrá tres años.

Se acabaron los reporteros amarillistas y los paparazzi del demonio frente al portón. Por lo menos. Desde hace algunas semanas, la desaparición de Harry pasó a segundo plano, cuando un incendio devastó a una villa cerca de aquí y acabó con todos sus habitantes. Estaciono mi pequeña SUV en el patio y salgo de ella sin mucho ánimo. Una mirada hacia el piso superior y me cruzo con la de Tristan, con el torso desnudo detrás de su ventana. Sus ojos permanecen clavados en los míos, tan intensos como indescifrables. Le sonrío tímidamente, pero es imposible saber si me está sonriendo de regreso. Se lleva su taza de café a los labios y me sorprende a mí misma salivando.

Y no es precisamente por el café...

Bajo la mirada para cerrar mi auto y la elevo de nuevo. Decepción. Tristan ya no está. Suspiro y entro en la villa, sin hacerme más preguntas. Estoy harta de hacerme ideas de todo. Finalmente, ya me acostumbré a que se me escape entre los dedos. Su necesidad de soledad sigue igual de presente, inclusive ochenta días después. Nuestros momentos de ternura y de complicidad siguen igual de fuertes, si no es que más intensos. Pero se han vuelto cada vez más escasos. Como si Tristan me amara realmente, pero no se autorizara a amarme todo el tiempo.

Y no puedo reprocharle nada.

Sobre la barra de la cocina está escrito « Feliz cumpleaños, Oliva verde » con M&M's, encima de un corazón más cúbico que redondo. Poco importan las imperfecciones, sonrío como tonta admirando su obra de arte. Imagino el tiempo que debió haber pasado mi padre calculando la distancia ideal entre los dulces y alineando los de arriba mientras que los de abajo rodaban en todos los sentidos.

– ¿Así que no dormiste aquí, Sawyer?

Presas del pánico, lanzo un trapo sobre los chocolates para que Tristan no los vea y me volteo hacia él, recién salido de la ducha, con el cabello y la nuca todavía húmedos. Huele divinamente bien. Maldición.

– Estaba en casa de Betty-Sue, digo recargándome contra la barra, mientras que él pone los codos en ella.

– Ya sé, sonrío insolentemente. Y vi el mensaje de tu padre. Me comí una

parte de tu corazón, es por eso que tiene una forma tan rara.

Su indolencia parece sorprenderle a él mismo. Tristan se endereza de repente, se pasa la mano nerviosamente por el cabello y luego agrega suavemente:

– Feliz cumpleaños, Liv Sawyer. Diecinueve años...

– Ya estamos iguales..., resoplo.

– Sí.

Silencio incómodo. Él se niega a mirarme a los ojos y yo me obstino a buscar su mirada.

– Hace calor aquí, ¿no?, digo de pronto.

– Ven, vamos por aire fresco...

Su mano toma la mía y me guía hacia la entrada. Lo sigo, con el vientre lleno de mariposas, emocionada por lo que me espera. No importa lo que sea, mientras esté con él.

El chico malo me mira de soslayo, como si dijera « ¿Qué puede estar pasando por la cabeza de esta rubia? », luego me lanza mis llaves del auto y se niega a decirme a dónde me lleva. Bueno, a dónde lo llevo yo, técnicamente. Durante una media hora, tomamos los peores caminos, los más sinuosos, los más complicados. Yo sigo aguantando al volante, y él se convierte en un GPS humano. Intento comprender sus cambios de dirección al azar y no hundirme en la arena, y él parece igual de perdido que yo, antes de llegar por fin - y de milagro - a nuestro destino.

– No conoces aquí, ¿verdad?

Me lanza una sonrisa cómo sólo él sabe hacerlo y luego se dirige a la minúscula cala, justo abajo de un camino arenoso. Lo miro recorrer la pendiente, pisando el suelo caliente hasta el agua turquesa, con su silueta a la vez musculosa y esbelta dibujándose bajo el sol ardiente.

Vuelvo a enamorarme instantáneamente. Diez veces, cien veces, mil veces seguidas.

Y durante medio segundo, llego a creer que está feliz. Gracias a esta isla, pero también un poco gracias a mí.

– ¿Crees que iré a buscarte, Sawyer? me grita desde abajo quitándose la playera rojo vivo.

Río, embriagada por la belleza del lugar paradisiaco que cobra vida frente a mis ojos y por el hombre que creo que nunca había amado tanto. Luego me lanzo, con los brazos abiertos, y corro hasta él. En bóxers blancos, Tristan me atrapa al vuelo, me aplaca contra sus abdominales de hierro y me besa apasionadamente. Luego mis pies regresan al suelo, mi playera y mis shorts chocan contra la arena y sus labios ávidos se encuentran con los míos. Excitados y sin aliento, nos besamos como nunca, llenos de este amor tan hermoso que nos corre por las venas.

Respirando con dificultad, me separo de él e intento lanzarme al agua, él me

detiene y me dice al oído:

– O lo hacemos al mil por ciento, o mejor no lo hacemos, Sawyer...

Sus ojos vivos se clavan en mi cuerpo y comprendo lo que quiere decir. Él se deshace de sus bóxers a la velocidad de la luz, yo termino de desvestirme y me meto al agua con él, totalmente desnuda, totalmente libre, totalmente loca por él. El agua es tibia, salada, me envuelve con un suave estupor y me dejo llevar por los brazos de mi titán durante una pequeña eternidad.

Su piel contra mi piel, nada me parece más importante.

– Hace un año, Liv... Día a día, murmura su voz ronca.

– ¿Qué?

– Te besé por primera vez, frente a todo el mundo, pretendiendo odiarte, dice casi sonriendo frente a este recuerdo. Pero no podía hacer nada, ya te amaba.

– No tanto como yo...

Mi voz se quiebra de la emoción. Y sus demonios regresan. En medio de este océano turquesa, lo siento alejarse de mí. Me aferro con más fuerza a sus hombros, le doy un beso en el cuello. Quisiera que se quedara conmigo. Un día. Una hora. Un minuto más. Quisiera que su mente no divagara ahí donde tanto le duele. Quisiera ser la que le permita superar su dolor. Sólo que esa persona no existe. Que nada, ni siquiera mi amor, podrá curarlo de lo que le sucedió a Harry.

– Liv, esto me está matando... murmura de repente, con una voz sorda.

– ¿Qué?

No puedo evitar imaginarme lo peor. Presiento que un momento clave de mi vida está sucediendo en este instante, aquí mismo. Y tengo tanto miedo de perderlo, tanto miedo de que se me escape, que me veo tentada a huir. Pero su mirada tan azul, tan pura, tan conmovedora me obliga a quedarme. A pelear por él, de una u otra forma.

– Esta culpa, retoma entrecerrando los ojos por el dolor. Ese peso que siento sobre mí.

– Ya sé... Pero quiero ayudarte, apoyarte, curarte. Al menos puedo intentarlo, ¿no?

Mis ojos están llenos de lágrimas, ya no controlo nada.

– Ése es el problema, Liv, estando contigo siento como si lo traicionara.

– ¡No!

Gimo, con el corazón partido en dos. Esta vez, comprendo que la decisión está tomada. Que por más que luche por nosotros contra viento y marea, desafíe a los astros y a los dioses, el resultado será el mismo. Tristan me está dejando. Pero me aferro, porque es un reflejo humano. Un instinto de supervivencia.

– Por favor. Por favor, no lo hagas...

– Te amo tanto, Liv...

Me doblo en dos, con el cuerpo agitado por los sollozos. Él coloca la mano

bajo mi rostro, lo levanta suavemente y me obliga a mirarlo. Sus ojos y sus mejillas están empapados, su rostro está tan tenso que su hoyuelo aparece. Y la cabeza comienza a darme vueltas.

– Escúchame, Liv, necesito que comprendas.

Su voz es tan baja, tan profunda, como si saliera del fondo de su alma. Es la primera vez que Tristan me suplica algo. Entonces aprieto la mordida, ignoro las lágrimas que me ciegan y espero la sentencia.

– Te amo tanto... Podrías hacerme tan feliz que terminaría por olvidar, dice de repente con un sollozo ronco y devastador. Y no puedo hacer eso... No puedo olvidar a mi hermano.

Marca una pausa, inhala profundamente y retoma, con una lágrima atravesando sus labios:

– Liv, tú y yo nos amamos casi demasiado.

Nueva pausa. Su voz es cada vez más inaudible. Mi corazón ahora está destrozado.

– Harry ya no tiene a nadie. Le debo al menos eso. No renunciar nunca...

Las palabras se pierden en mi mente, me quedo muda, como adormecida. Pero en el fondo, lo comprendo. Y respeto su decisión. Nunca había sentido tanto dolor en mi vida, pero no es nada comparado con la suerte de Harry. Entonces me rindo y asiento.

– De acuerdo. Si eso es lo que quieres.

Renuncio a él, a lo más bello que me haya pasado en la vida, para que encuentre la forma de sanar sus heridas, de perdonar. Ahora me doy cuenta de que conmigo no lo logrará nunca. Le hago una señal con la cabeza, para que sepa que estoy con él. Que no siento ningún rencor. Sólo una inmensa tristeza. Un vacío abismal bajo mi pecho.

Salimos del agua, tomados de la mano. Me pongo la playera y mis shorts sin nada abajo y subo como un robot al auto. Tristan me acompaña en silencio y regresamos a la villa sin decir ni una sola palabra. Sólo intercambiamos algunas miradas, llenas de amor y de... resignación. Mis lágrimas siguen su camino durante todo el trayecto, acariciando mis mejillas, mi mentón, para llegar a morir en mi cuello. Los sollozos ya cesaron.

Las dos puertas de la SUV resuenan detrás de nosotros. Subo las escaleras que llevan a la villa y me volteo bruscamente hacia él. Un último beso. Sólo uno. Sus ojos se clavan inmediatamente en mis labios entreabiertos, lo tomo de la nuca y lo jalo hacia mí. Su boca se presiona contra la mía, como si su unión fuera la cosa más natural del mundo. Y, para mi gran sorpresa, yo soy la primera en retroceder. Rompo este beso, le dirijo una última mirada cargada de miles de emociones y paso por la puerta sin mirar atrás.

Se terminó.

Conocí a mi alma gemela a los 18 años. La perdí a los 19.

– Oliva verde, levántate, ¡llevas dos días sin ver la luz del sol!

Mi padre viene a abrir las cortinas y ardo bajo la luz como un vampiro frente al sol. Gruño, gimo, doy vueltas sobre mi almohada empapada de lágrimas, intento volver a dormirme. Craig jala mi cobija y viene a sentarse a mi lado.

– ¡Liv Sawyer! ¡Háblame!

– No tengo nada que decir..., murmuro con mi rostro pegado a la pared.

¿Y detrás de la pared? Ya no hay nadie... Tristan ha dejado la villa...

– Ya comprendí lo tuyo con Tristan.

Su frase, aunque sea dulce, me atraviesa. Y mi corazón se rompe de nuevo.

– Sienna y yo decidimos dejar de fingir. Nos ocupamos de todo lo necesario y ya está arreglado.

– Ustedes... ¿se divorciaron?

– Sí. No me puedes decir que estás muy sorprendida...

Me siento sobre la cama, paso la mano por mi cabello enredado y hago una mueca. La capa de plomo que me acaba de caer sobre la cabeza me da ganas de gritar. Pero sólo por dentro. Ya no tengo la fuerza para hacerlo en voz alta.

– Regresaremos a Francia, pequeña..., me susurra mi padre probablemente pensando que me está dando la mejor noticia del siglo.

– ¿Cuándo? pregunto con una voz neutra.

Mi corazón se detiene, mi sangre se congela y mi mente se vacía. Siento vértigo. Ya no intento comprender nada, sólo sigo la corriente.

– Esta noche. Betty-Sue pasará a verte, vamos a preparar tus cosas juntos y regresaremos a nuestro nidito.

– Tú... Tú..., digo buscando las palabras. ¿Crees que algún día regresaremos a vivir aquí?

– Ésa será tu decisión, querida.

Me da un beso en la mejilla, me pasa revista y luego me da un golpecillo en el hombro, como si dijera « ¡Te urge una buena ducha y una restauración de fachada! ».

Tristan. Betty-Sue. Bonnie. Harry. Finalmente, la lista de los que voy a extrañar no es muy larga. Sobre todo porque en este momento, realmente se limita a un solo nombre.

T_ _ _ _ _

No lo volví a ver, antes de irme. Pasé a su habitación, mientras que Betty-Sue lloraba ruidosamente y corría tras mi padre que cargaba las maletas. Toqué sus paredes con la punta de los dedos, miré a todas partes, sentí cómo mi corazón se detenía ahogándose en su olor. Entonces salí muy rápido, porque el dolor comenzaba a ganarle a la resignación. Llevándome un solo recuerdo de él, además de todos los que vivirán en mi mente por siempre.

Su playera de Led Zeppelin, que huele tan delicioso y que aprieto contra mi corazón mientras el avión despegaba.

Tristan Quinn, te juro que nadie nunca te remplazará.

Encuentre las aventuras de Liv y Tristan en la serie Juegos insolentes.

En la biblioteca:

Juegos insolentes - volumen 1

A los 15 años, él era mi peor enemigo. A los 18, mi primer amor. A los 25, nos volvemos a encontrar, por la más triste coincidencia de la vida... Sólo que se ha convertido en todo lo que más odio. Que debo vivir con él nuevamente. Que los dramas nos persiguen y que ninguno de los dos ha logrado seguir adelante.



En la biblioteca:

Call me Baby - Volumen 1

¡Emma Green golpea de nuevo!

"Multimillonario busca niñera."

Al llegar a Londres con su hermana gemela, Sidonie esperaba cualquier cosa menos convertirse en la niñera de Birdie, la pequeña hija caprichosa del riquísimo Emmett Rochester. La joven francesa acaba de perder a su madre, su nuevo jefe llora a su mujer, desaparecida dos años antes en un violento incendio. Maltrechos por la vida, estos dos corazones marchitos se han endurecido. Su credo: para ya no sufrir más, es suficiente con no sentir nada. Pero entre ellos la atracción es fatal y la cohabitación se anuncia... explosiva. Objetivo número uno: no ser el primero en ceder. Objetivo número dos: no enamorarse. ¿Cuál de los dos flaqueará primero?

[Pulsa para conseguir una muestra gratis](#)

